

# CARTAS A ROSARIO

Rosa Beltrán

*Presentación*







## CARTAS A ROSARIO



# CARTAS A ROSARIO

Naela Jimena Mejía Terán, Mildred de Jesús Calvillo Chávez,  
Diana Talhia Jiménez Martínez, Elizabeth Cardoso Garduño,  
Nayla Elizabeth Cruz Domínguez, Ximena Dorantes Larrauri,  
Fernando Fady Estrada López, Javier Iván García Santana,  
Fernanda Abigail González López, María Valentina Hernández  
Cerón, Marey Alejandra Huerta Valencia, Jesica Martínez  
Torres, Anik Nagel, Ángel Alejandro Porras Ortega,  
Alexandra Joselyn Reyes Pacheco, Luan Daniel Toledo  
Ruiz, Gloria Andrea Topete del Ángel, María Fernanda  
Torres Reyes, Verónica Mejía, Juan Carlos Velázquez  
Sánchez, Arlette Tais Villalobos Meléndez, Katia  
Villegas Ramírez, Carolina Vizcaya Palomares

Rosa Beltrán

*Presentación*



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2025

---

**Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información**

**Nombres:** Mejía Terán, Naela Jimena, autor. | Calvillo Chávez, Mildred de Jesús, autor. | Jiménez Martínez, Diana Talhia, autor. | Cardoso Garduño, Elizabeth, autor. | Cruz Domínguez, Nayla Elizabeth, autor. | Dorantes Larrauri, Ximena, autor. | Estrada López, Fernando Fady, autor. | García Santana, Javier Iván, autor. | González López, Fernanda Abigail, autor. | Hernández Cerón, María Valentina, autor. | Huerta Valencia, Marey Alejandra, autor. | Martínez Torres, Jesica, autor. | Nagel, Anik, autor. | Porras Ortega, Ángel Alexandro, autor. | Reyes Pacheco, Alexandra Joselyn, autor. | Toledo Ruiz, Luan Daniel, autor. | Topete del Ángel, Gloria Andrea, autor. | Torres Reyes, María Fernanda, autor. | Mejía, Verónica, autor. | Velázquez Sánchez, Juan Carlos, autor. | Villalobos Meléndez, Arlette Tais, autor. | Villegas Ramírez, Katia, autor. | Vizcaya Palomares, Carolina, autor. | Beltrán, Rosa, 1960- .

**Título:** Cartas a Rosario / Naela Jimena Mejía Terán, Mildred de Jesús Calvillo Chávez, Diana Talhia Jiménez Martínez, Elizabeth Cardoso Garduño, Nayla Elizabeth Cruz Domínguez, Ximena Dorantes Larrauri, Fernando Fady Estrada López, Javier Iván García Santana, Fernanda Abigail González López, María Valentina Hernández Cerón, Marey Alejandra Huerta Valencia, Jesica Martínez Torres, Anik Nagel, Ángel Alexandro Porras Ortega, Alexandra Joselyn Reyes Pacheco, Luan Daniel Toledo Ruiz, Gloria Andrea Topete del Ángel, María Fernanda Torres Reyes, Verónica Mejía, Juan Carlos Velázquez Sánchez, Arlette Tais Villalobos Meléndez, Katia Villegas Ramírez, Carolina Vizcaya Palomares ; Rosa Beltrán, presentación.

**Descripción:** Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2025. | "En este volumen aparecen las tres cartas ganadoras del concurso 'Cartas a Rosario' (una por nivel: bachillerato, licenciatura y posgrado), así como una selección de veinte más de las 229 cartas recibidas"--Presentación.

**Identificadores:** LIBRUNAM 2257774 | ISBN 978-607-587-238-4

**Temas:** Castellanos, Rosario -- Correspondencia.

**Clasificación:** LCC PQ7297.C337. Z48 2025 | DDC 863—dc23

---

Primera edición: 14 de marzo de 2025

DR © 2025, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,  
04510, Ciudad de México.

Facultad de Filosofía y Letras  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
[www.libros.unam.mx](http://www.libros.unam.mx)

ISBN: 978-607-587-238-4

El contenido de esta obra es responsabilidad de los autores  
y no refleja, necesariamente, la posición de la UNAM.

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.  
Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,  
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

## Contenido

### *Presentación*

Rosa Beltrán . . . . .	9
------------------------	---

### PREMIADOS

#### *Plegaria desde la intrascendencia*

Naela Jimena Mejía Terán . . . . .	13
------------------------------------	----

#### *Correspondiendo a Rosario:*

##### *una charla íntima con su obra*

Mildred de Jesús Calvillo Chávez. . . . .	18
---	----

#### *Sobre los sueños que nos sostienen*

Diana Talhia Jiménez Martínez . . . . .	24
---	----

### SELECCIÓN

#### *Rosario Castellanos in memoriam: una narradora invisible*

Elizabeth Cardoso Garduño. . . . .	31
------------------------------------	----

#### *Amigas de asfixiantes letras*

Nayla Elizabeth Cruz Domínguez . . . . .	38
--	----

#### *A veces una tiene que ser sola*

Ximena Dorantes Larrauri . . . . .	42
------------------------------------	----

#### *Conversación presente de los ausentes*

Fernando Fady Estrada López . . . . .	46
---------------------------------------	----

#### *No te quiero mentir*

Javier Iván García Santana . . . . .	52
--------------------------------------	----

#### *Naturaleza de buscarse*

Fernanda Abigail González López . . . . .	57
---	----

<i>Ciento uno</i>	
María Valentina Hernández Cerón . . . . .	61
<i>Gracias Rosario</i>	
Marey Alejandra Huerta Valencia . . . . .	66
<i>Carta por papalote</i>	
Jesica Martínez Torres . . . . .	70
<i>Una hoguera poderosa y clara</i>	
Anik Nagel . . . . .	74
<i>Suyo por siempre...</i>	
Ángel Alexandro Porras Ortega . . . . .	79
<i>La falacia del amor</i>	
Alexandra Joselyn Reyes Pacheco . . . . .	83
<i>De tu mirada como símbolo</i>	
Luan Daniel Toledo Ruiz . . . . .	88
<i>Carta a Rosario</i>	
Gloria Andrea Topete del Ángel . . . . .	91
<i>Carta viajera</i>	
María Fernanda Torres Reyes . . . . .	95
<i>Orilla</i>	
Verónica Mejía . . . . .	100
<i>Gracias Rosario, tu legado vive en cada palabra</i>	
Juan Carlos Velázquez Sánchez . . . . .	106
<i>Rosario y yo</i>	
Arlette Tais Villalobos Meléndez . . . . .	110
<i>Espejismos</i>	
Katia Villegas Ramírez . . . . .	116
<i>De Teresa y María a Rosario</i>	
Carolina Vizcaya Palomares . . . . .	122

## Presentación

Rosa Beltrán

Las cartas son escritos íntimos e inescrutables. Son el desprendimiento de una parcela esencial de nosotras y nosotros que, a manera de confidencia, se comparte con una persona específica. Por eso en su lectura se halla un diálogo señero: una conversación que trasciende la línea del tiempo categorial y, en su corte transversal, se encuentra la ruta de su infinitud: se leen, se guardan y se valoran como tesoro inmarcesible. En las cartas se revela el alma de los seres humanos: en el itinerario en busca de sus destinatarios conservan siempre la esperanza de que puedan ser leídas. La historia de la literatura epistolar está llena de estos intercambios dialógicos que suelen ayudarnos a entender cómo es el mundo. ¿Y qué sucede cuando se le escribe a alguien que ha partido? Las cartas se mantienen, viven como lo fugitivo, y en su eco lector atesoran una estirpe fabulosa y única: la de la obra literaria.

Las cartas reunidas en este volumen son la confirmación de esa resonancia, de la palabra inconclusa que encuentra en sus intersticios silábicos la voz de una de nuestras más grandes escritoras: Rosario Castellanos. El año pasado, a propósito de la reedición que la UNAM hizo del libro *Cartas a Ricardo*, se lanzó la convocatoria “Cartas a Rosario”. En este volumen aparecen las tres cartas ganadoras del concurso (una por nivel: bachillerato, licenciatura y posgrado), así como una selección de veinte más de las 229 cartas recibidas. En esa parafernalia entrañable del envío y la lectura están las

misivas que las y los estudiantes de la UNAM le dirigieron –le dedicaron– a Rosario Castellanos. ¿Cuándo desaparece la obra literaria? Cuando deja de leerse; más aun: cuando deja de interpelarse. En ese sutil juego en el que las dimensiones de lo vivencial se difuminan, las y los lectores se convierten en cómplices de los efectos estéticos de la obra de arte y la catapultan a una nueva categoría valorativa, ésa en la que sólo aquellas y aquellos, con su legado, adquieren y arriban a la inmortalidad.

Con un reconocido jurado formado por Anamari Gomís, Daniela Tarazona y Diana del Ángel, las cartas que se presentan en este volumen son honestas, traslúcidas y, sobre todo, entrañables. No sólo es un homenaje a Rosario Castellanos; es, para seguir en la brega de la palabra ubicua, una confesión inquebrantable y categórica de quienes han sido testigos, cómplices y acompañantes de su dichosa literatura.

## PREMIADOS

categorías: educación media superior,  
licenciatura y posgrado



## **Plegaria desde la intrascendencia**

Ciudad de México, a 28 de agosto de 2024

Queridísima maestra,

Todo encuentro con la literatura, en mi caso, se originó a partir de la oralidad. Y el feliz encuentro con su obra, querida maestra, no fue la excepción.

Escucho la voz de una niña que narra ciertos pasajes de su vida en Comitán al lado de su nana indígena. Esa narrativa cautiva mis oídos infantiles ávidos de historias habitadas por fuerzas mágicas, personajes capaces de hacer todo el mal posible o ser simples espectadores de eventos funestos o maravillosos. Con esa niña comparto la soledad a pesar de que ella tiene un hermano pequeño. Esa historia sale de la radio que mi madre escucha todas las tardes mientras prepara la comida. Junto a los olores y los hervores de las ollas viajan hacia mi memoria aquellas palabras que acompañan mi niñez: Chactajal, el dzulum, Balún Canán. Me entristece y me enoja el rechazo que sufre la niña-narradora de parte de su madre, pero también los constantes abusos que los Argüello cometen en contra de los indígenas que les sirven de forma sumisa desde hace varias generaciones. Es así como descubro también el poder de las palabras y la inteligencia que las hilvana para lograr ese asombroso mosaico que es su novela *Balún Canán*.

Y ahora, maestra, he de sincerarme. El poder transformador de las palabras no es transferible pero es inspirador aunque todo el tiempo me sienta una impostora por ese afán

de querer emular su genialidad, su facilidad para saltar de la fantasía a la realidad más desgarradora, de lo mágico a lo racional, de lo íntimo a lo público con una sutileza maravillosa.

Ya sé que detesta la adulación pero con esta carta no pretendo ni mucho menos construir un pedestal, más bien es un humilde homenaje a una de las escritoras que con su valentía, su genialidad y su congruencia me ha puesto la pauta, el ejemplo de lo que se ha de evitar, huir de la autocomplacencia, abandonar la pedantería, nunca coquetear con el Poder y, sobre todo, no ser ejecutoras del *modus operandi* patriarcal.

Desde hace un par de años degusto la idea de encender una hoguera, pero no se alarme, maestra, que no quiero quemar las obras de Nietzsche, Freud o Schopenhauer. Esos libros todavía pueden servir para nivelar la mesa desvencijada de la abuela. Yo prefiero encender un gran fuego como un acto consagratorio, alrededor del cual podamos congregarnos y bailar las brujas modernas, las que ya no queremos ser las guardianas celosas de la tradición que nos coloca permanentemente en situación de inferioridad.

Leer diversas autoras feministas me ha ampliado el panorama de las diversas problemáticas que tenemos que combatir para resolver nuestra situación milenaria. Sin embargo, sus ensayos y artículos de crítica cultural y política han “pavimentado mi camino directo y fácil al infierno”. (Amo esta frase, maestra, no pude dejarla pasar.)

A pesar de que el movimiento feminista en México ya ha trascendido su etapa larvaria y vergonzante que usted criticó en el lejano 1963 en su ensayo “Feminismo a la mexicana”,

y ya instaladas plenamente en la “marea morada” caracterizada por la estridencia, el descaro y la insumisión, seguimos encontrando la resistencia más férrea entre las mismas mujeres. El masoquismo le ha ganado a la audacia.

Instaladas en el privilegio de la sociedad capitalista más devastadora, las feministas emancipadas, las más *leídas* y *estudiadas*, siguen atrapadas en el garlito patriarcal que considera que hemos de igualarnos a los hombres en su descontento y frustración sin entender, como usted lo dijo en una entrevista en ¡1969!, que *si va a haber una revolución femenina, ésta no será algo que simplemente remoce la superficie sino que llegue realmente al fondo del problema*. Es decir, el feminismo debe luchar por la abolición del sistema capitalista, colonial y patriarcal que nos somete y estrangula tanto a mujeres como a varones. (Le insisto a mis compañeras que hay que leer sus artículos pero prefieren la conformidad del *mujerismo*.)

Han transcurrido más de 50 años de su publicación y siguen dolorosamente vigentes las ideas expresadas en su ensayo *La mujer y su imagen*. La escuela, la familia y el Estado reprimen y castigan la osadía de cuestionarnos acerca del modelo patriarcal capitalista.

En la actualidad, querida maestra, no estamos confinadas a la espera de un hombre generoso que nos lleve ante el altar para poder descubrir nuestro potencial como esposas y madres, ahora nos entregamos devotamente a la explotación mercantil donde hemos de cumplir con los mandatos de obediencia y sumisión repitiendo como un mantra la frase explotadora por excelencia: “el trabajo ennoblece”.

Con todas estas ideas, maestra, cómo no quedarse soltera. *Ningún hombre me considerará digna de llevar su nombre ni de remendar sus calcetines.* Todavía no he podido liberarme de “las tenazas dulces del patriarcado”. Así es (lo admito con vergüenza). Pero en mi defensa debo confesarle que yo, al igual que usted, tengo un miedo congénito a la soledad. ¿Esto me convierte en una feminista farsante? Todo el tiempo tengo miedo de serlo, pero tampoco creo que evadir la constante aprensión e inestabilidad emocional que conlleva el amor me haga una feminista auténtica.

Creo que he encontrado la respuesta a esta disyuntiva en su ensayo *La participación de la mujer mexicana en la educación formal.* Despojar al novio formal de *ese aroma apetitoso que lo circunda y cuyo valor se sustenta en la nulificación de su pareja.* Espero ser afortunada y no encontrarme una nulidad. (Ni hablar, debemos aplicar nuestro espíritu crítico en todos los ámbitos de la vida si no queremos perecer en el camino.) Pero, no se crea maestra, en estos cincuenta años las sopas no se han diversificado mucho aunque asumimos que vivimos en igualdad: podemos elegir entre ser solteras o casadas pero explotadas al fin y al cabo, con jornadas extenuantes que suelen duplicarse en caso de querer ser “mujercitas mexicanas abnegadas”.

Después de esta breve disertación acerca de su influencia en mí, feminista impostora, escritora mediocre, entenderá, querida maestra, que mi carta es más bien una plegaria al Creador, la Naturaleza o Dios todopoderoso pues me encantaría ser parte del “rebaño que invade el terreno prohibido y convertirme en un ser apto para labores que no me son

habituales” tal como usted lo hizo convirtiéndose para mí en una feminista revolucionaria.

Con todo mi agradecimiento, le mando un gran abrazo hasta el más allá.

*Naela Jimena Mejía Terán*

**Naela Jimena Mejía Terán** (CDMX, 2007) estudia en la Preparatoria núm. 6 de la UNAM, donde es fundadora del Club de Poesía. Escribe poesía y cuento. Ganó el segundo lugar en los concursos Infantil y Juvenil de Cuento en 2022 (Instituto Electoral de la CDMX), y el Interpreparatoriano de Cuento (UNAM, 2023-2024). Forma parte del Taller Ecofeminista y del Colectivo Feminista “Furias”. Milita en “Libres y Combativas”.

## **Correspondiendo a Rosario: una charla íntima con su obra**

Ciudad de México, 6 de septiembre de 2024

Querida Rosario:

Seré muy sincera contigo, hace tiempo que me poseen unas ganas locas de escribirte, sin embargo, no me había atrevido a exorcizarlas, a liberarme de ellas, a arrojarlas sobre la impecable hoja de papel. No fue hasta un día que, casi por intervención divina (o por mi inherente torpeza), resbalé en los pasillos de nuestra excéntrica Facultad de Filosofía y Letras, sí, aquella donde solías llenar los salones con estudiantes ansiosos por tomar tu clase. Consumida por la vergüenza, permanecí unos segundos quieta mientras recuperaba la compostura y, fue ahí, justo en ese instante, cuando encontré un lindo cartelito con trazos morados convocando tantas palabras para ti. Era el momento, no había pretexto para seguir postergando el ritual: me dispuse a buscar un instante de calma entre el ajetreo cotidiano, me hice de los materiales religiosamente necesarios e incluso preparé un té. Luego llegó el absurdo ¿cómo iba yo a escribirte si no sabía cómo dirigirme a ti? ¿Es lícito evocarte como a una íntima amiga que se encuentra lejos y a quien se le añora en demasía? Confieso que he sido una ávida lectora tuya y que el origen de esta licencia amistosa se encuentra en todos esos días donde no hubo más que tus palabras, donde tu lírica fue el oportuno abrazo, y tu prosa, la charla mordaz pero honesta que tanto requería. Sé que no te conocí o al menos sólo conocí, a través de tus obras, a una de las muchas Rosarios

que te cohabitan: la escritora. A sabiendas de que su existencia está intrínsecamente ligada a la de tus otras inquilinas y que referirla es remitir a todas, hoy quiero escribirle a ella, a cada una, a ti. El otro día mientras transbordaba en el metro pensé –porque esos largos transbordos parecen destinados únicamente al cansancio y la reflexión– en las múltiples y entrelazadas significaciones del término correspondencia. No sólo alude al intercambio de misivas, sino también a una relación de equivalencia. Anheló, Rosario, corresponderte en mis letras; que estas palabras sean justas e igualen el impacto de las tuyas en mi vida. Sin afán de que mis líneas se conviertan en una larga carta de felicitación, déjame contarte por qué estoy aquí, escribiéndote.

Desde niña supe que mi casa no era mi casa, que aquel lugar de pisos fríos y paredes ásperas nunca sería mi hogar. Mi abuelo, cuyos dolores de la vejez no le impedían alzar la mano, nos repetía constantemente a las mujeres de la familia que podía correrlos en cualquier momento. Lo cierto es que ese lugar no se habría mantenido en pie sin nosotras, pero bueno, esas son cosas que nadie ve. Mi padre, lejos de ser un apoyo, se volvió un hombre obsesivo y violento, no obstante, como siempre supo guardar las apariencias, mi abuela y mi tía lo adoraban. Al final éramos la típica familia mexicana compuesta de niños tristes, mujeres silentes y hombres montados en su macho. No hablaba porque no había quien me escuchara, nadie me miraba a los ojos y comencé a preguntarme si de verdad yo existía. Caminaba de puntillas para no causar molestia hasta que comencé a flotar y me volví un fantasma –tú me comprenderás bien– que de vez en cuando

movía los platos y sacudía las cortinas. Así continuó mi adolescencia, esa etapa que bien llamas transitoria y peculiar. Con tal de no regresar a casa, me quedaba horas extras en la biblioteca de la prepa y vagaba entre los pasillos. Las bibliotecarias se molestaban conmigo porque mi presencia espectral les impedía reír estruendosamente, pero no me importaba, sólo necesitaba un sitio donde estar. Un día cuando recorría las estanterías, una mujer misteriosa cuyo nombre nunca acerté en preguntar, volteó a verme y, mientras daba toquecitos al lomo de un libro, dijo: “este es muy bueno, deberías leerlo”. Después se fue y no la vi de nuevo. Ella me reconoció, no me miró como si estuviera ante una aparición, sino ante una persona. Yo no era más un fantasma. Tomé el libro señalado y decía *Poesía no eres tú*, desde entonces, tu obra me acompañó siempre. Tu nombre ya lo conocía, alguna vez mi profesora de secundaria lo anotó en la pizarra pero rendida por los alumnos inquietos no explicó más. De cualquier manera, nuestro encuentro ocurrió oportunamente. Luego de leer “Meditación en el umbral”, deseé saber cuál era ese otro modo de ser tan desconocido e intrigante. Llevé el libro conmigo y me acompañó en los tiempos más difíciles pero esperados: cuando nos corrieron de la casa. Mi abuela, quien había educado a su hija para ser una esposa sumisa y obediente al igual que ella —encarnando a la perfección el arquetipo de la madre mexicana que expones en *Declaración de fe*— se molestó al verla harta y dispuesta a rebelarse. La familia, protectora de las buenas costumbres, se erigió como jueza y nos sentenció, a mi madre, a mi hermano y a mí, al exilio perpetuo. Aquello fue un caos total que sobrellevé

siguiendo tu consejo: riéndome; ya imaginarás cómo me miraron todos por primera vez. Recordé mi lectura de *Mujer que sabe latín* y observé a cada uno de mis consanguíneos magistrados como personajes de una comedia chusca cuyos diálogos ya estaban bastante vistos en muchas otras casas, digo, teatros.

El día que nos fuimos volteé a ver los muros desnudos que había traspasado toda mi vida y me alegró saber que no lo haría otra vez. En medio de la mudanza improvisada, donde además de nuestras cosas, nos llevamos la promesa de una vida distinta, leí “La casa vacía”. En mi mente, de la misma manera en que resuena una melodía, repetía: “Adolescencia gris con vocación de sombra,/ con destino de muerte:/ las escaleras duermen, se derrumba/ la casa que no supo detenerte”.<sup>1</sup> Luego cerramos de portazo y dejamos atrás un hogar en ruinas.

Años después, cuando entré a la universidad y decidí que quería estudiar lengua y literaturas hispánicas, alguien me preguntó por qué si la mujer se había esforzado tanto en acceder a estudiar ciencias yo había elegido algo tan fácil y, por ende, femenino ¡Qué infecto! ¿No te parece? En su mente, mi estadía universitaria consistía en leer novelitas rosas. La verdad es que elegí mi carrera porque un día comprendí que el lenguaje ha sido histórica y culturalmente un medio de opresión, que detrás del signo “mujer” hay una estructura de poder que nos ha hecho creer que su significado, siempre

<sup>1</sup> Rosario Castellanos, *Poesía no eres tú: obra poética: 1948-1971*, CDMX, FCE, 2004, p. 55.

relacionado a la pasividad, la insuficiencia y la sumisión, es natural. Después de leer tus ensayos todo me hizo sentido, recordé cuando Hélène Cixous escribió que las mujeres son “invisibles en calidad de humanos”<sup>2</sup> y pensé en la mítica figura que encarnan, esa que tú planteas en “La mujer y su imagen”. A partir de ahí, quise dedicar mi vida a las palabras.

A propósito de la universidad, quisiera contarte una anécdota muy linda que acaba de venir a mi mente. El semestre pasado, en mi clase de literatura iberoamericana, leí “Casa de cuervos” de Blanca Varela y en grupo discutimos sobre la concepción cultural de la maternidad. Inevitablemente “Se habla de Gabriel” hizo presencia en el aula. Conversamos sobre la forma en que la sociedad reduce la identidad de la mujer cuando tiene un hijo, así como los dolores y las exigencias que suponen cuidar de un nuevo ser. Cada uno, cómodamente sentados en nuestros pupitres, resaltamos la resignificación que haces sobre la madre. Aquella sesión fue muy fructífera aunque, cuando salí de ella, sentí que faltaba algo por decir –o por escuchar, mejor dicho–. ¿De qué servía hablar sobre la maternidad con mis compañeros en un salón de clases si no tenía esa conversación con la persona más experta e indicada que conocía? Cuando llegué a casa fui directo con mi mamá y la charla que tuvimos fue tan reveladora e íntima. Me platicó que antes, además de llevar a un bebé en su vientre, cargaba con las exigencias de un

<sup>2</sup> Hélène Cixous, *La risa de la medusa: Ensayos sobre la escritura*, traducción de Ana María Moix, Barcelona, Anthropos, 1995, p. 24.

hogar hostil. Esa tarde nos la pasamos recostadas en el sillón leyendo tus poemas. Miré con detenimiento a la mujer que estaba a mi lado y me di cuenta que ella también se había sentido un fantasma. La vida no le había sido fácil, su herencia familiar fue una serie de malestares que culminaron en un diagnóstico inevitable y que, hasta el día de hoy, sigue tratando. Mientras ambas te leíamos encontramos su dolor traducido en palabras y finalmente pudimos nombrarlo juntas en voz alta.

Amiga Rosario —¿ya puedo llamarte así?—, si algo he disfrutado de conversar contigo es que no tengo que mirar hacia un nicho. Desmitificar a la mujer es también rehuir de los pedestales y tú no estás en ninguno porque eres una persona, no una estatua. Tus escritos se sienten como un diálogo orgánico con ingeniosos toques de ironía que en más de una ocasión me han ayudado a expresar lo que no sabía enunciar. ¿Sabes? Yo creo que ése es uno de los motivos por el cual tu obra sigue tan presente; por eso hay gente que te nombra, que analiza tus cuentos y discute tus ensayos, que comparte tu poesía y dice “este es muy bueno, deberías leerlo”.

Con cariño,

*Mildred de Jesús Calvillo Chávez*

P. D. Espero escribirte pronto.

**Mildred de Jesús Calvillo Chávez** (CDMX, 2003) es alumna de lengua y literaturas hispánicas en la FFyL de la UNAM.

## **Sobre los sueños que nos sostienen**

Estado de México, 2 de septiembre de 2024

Para Rosario Castellanos, en el lugar que arde

Desde hace unos días quería escribirte, Rosario, pero tenía miedo. Como si mis palabras no importaran, como si no tuvieran el valor adecuado para que tú me leyeras. Hoy lo hago porque siento que no soy capaz de realizar ninguna otra actividad. No puedo leer, ni comer ni dormir con tranquilidad, y sólo mientras escribo encuentro veredas para atravesar esta selva de los días.

Querida Rosario, redacto esta carta como una mujer que le escribe a otra mujer, con todos mis deseos puestos en la literatura y mis dudas para el futuro. Estoy triste y tengo en mí un cariño hambriento. Un hambre de ser notada, un hambre de que las personas no me olviden. En cinco días me voy del país porque realizaré una estancia de investigación académica para mi posgrado. Ayer, en el proceso de prepararme para el viaje, terminé una relación amorosa con un amigo que era también mi amante. Un hombre al que conocí, de manera breve, hace dos años. Estuve con él un solo día que fue “vértigo, deslumbramiento y sorpresa”, como tu estancia con Ricardo antes de partir en barco con destino a España. Después de ese breve encuentro, volvimos a frecuentarnos hace un año. Al principio “éramos amigos y a ratos, nos amábamos”, luego decidimos jugar a otras cosas: como la monogamia o la espera de la salida del sol con los cuerpos acodados el uno en el otro, como contarnos los sueños de la noche anterior y leernos en voz alta todos los libros que nos gustaban.

Los párpados me duelen, Rosario. Y me siento como una niña, a pesar de que no soy tan joven como cuando tú le escribiste las primeras cartas a tu niño Guerra. Anoche mi hermana me dio una pastilla de alprazolam para que pudiera dejar de llorar y para que pudiera conciliar el sueño. Dormí bien, sólo que ahora no sé cómo continuar porque “el día se convierte en una sucesión de hechos incoherentes, de funciones que voy desempeñando por inercia y por hábito”.

Quisiera preguntarte: ¿Cómo lograbas hacer tantas cosas, aún con la angustia, con el miedo y con la necesidad que te causaban los otros? ¿Cómo hacías el mundo a un lado, o lo cargabas para sortear los compromisos académicos, diplomáticos y literarios? Yo no lo estoy logrando, o quizá lo consigo apenas. Me levanto y tomo café y leo y escribo y me baño y me cambio y salgo a la universidad e intento a todas horas creer que es como escribiste refiriéndote a Elsa Triolet, que “uno recibe su vida para hacerla. Elige una figura que va desarrollándose en cada acto, en cada abstención, en cada propósito”. A veces funciona.

Otros días me pregunto, ¿de verdad merezco que la universidad me pague por ir a un país extranjero a investigar algo? ¿Será mi trabajo lo suficientemente valioso? Nadie en mi familia estudió literatura. Junto con algunos primos somos la primera generación en estudiar una carrera universitaria. ¿Tiene sentido que alguien como yo intente escribir?

Mientras los días pasan le doy vueltas a estas ideas, porque las palabras para mí fueron ese paisaje que me sorprendió hasta el punto de hacerme llorar. ¿Qué debería hacer

alguien como yo, que no creció de las letras pero que siente que en ellas nació por segunda vez?

Pienso en mi abuela, una mujer casi contemporánea tuya, que trabajó en el campo hasta los quince años, cuando se marchó a buscar un empleo en la ciudad, porque quería librarse del acoso del hijo del hacendado. Un par de años después mi abuela se casó y cuando tuvo hijos decidió no hablarles en mazahua, porque pensó que sería lo mejor para ellos. Recuerdo a la abuela y me pregunto ¿cómo es que nuestros sueños nos sostienen? ¿Sería mi sueño el de la literatura si cuando mis abuelas me hablaban en mazahua las hubiera comprendido? ¿Estaría ahora preocupada por el valor de mi escritura? ¿Será justo para la lengua de sus sueños que yo me dedique a investigar la literatura hecha por otros?

Llevo dos semanas leyendo *Cartas a Ricardo* y me sorprende encontrar dudas tuyas similares a las mías, pues el 14 de septiembre de 1966 le escribes a Ricardo “¿Soy o no soy una escritora? ¿Puedo escribir? ¿Qué?” Cuando leí esto me pareció increíble que alguien como tú se hubiera podido preguntar tal cosa. ¿Estas dudas que parecen gobernarnos son producto del sistema patriarcal? Perdón por hacer tantos cuestionamientos en tan pocas páginas. Aunque debo ser justa y decir que por eso te leo y te escribo. Porque la respuesta de esta misiva ya me la has dado en tu obra, en las decenas de libros que nos acompañan a quienes tenemos dudas, a quienes nos preguntamos todo el tiempo por las contradicciones que nos habitan, por el “abismo [que] es el hábito cotidiano”. Porque allí están tus poemas y el desplazamiento poético que logras en ellos para apropiarte

del mundo, para tomar una parte de él y entregarlo a tus lectores.

Por eso mismo en esta carta he tomado prestadas algunas de tus palabras para hablarte por tramos, porque hasta hace poco no me sentía una mujer de palabras, pero deseaba serlo. Entonces, este mensaje se vuelve un agradecimiento por tu capacidad de compartir, de cuestionarte siempre las propias incongruencias, por tu humor ante las diatribas de los chocantes reptilcitos y por esa inmensa capacidad para hacer abrigo las palabras.

Antes de despedirme quisiera decirte, Rosario, que el contrabandismo de la cultura al que te dedicaste con fervor nos ha brindado certezas a las lectoras que después de cuarenta, cincuenta o sesenta años te estudiamos. Que tu obra es ese tesoro indómito que huyó a las aduanas de la cultura patriarcal, para recordarnos siempre que “cada vez que el mundo se cierra, cada vez que el abismo se abre, cada vez que el cielo se derrumba ahí están, al alcance los labios, la palabra, el conjuro”, el sueño que nos sostiene. Grrr.

Con mucha admiración, respeto y cariño.

*Diana Talhia Jiménez Martínez*

**Diana Thalia Jiménez Martínez** (Toluca, 1994) es licenciada en estudios latinoamericanos y saxofonista. Ha escrito ensayos y cuentos de ciencia ficción publicados en revistas como *Espejo Humante*, *Punto de Partida*, *Luvina*, *Ágora-Colmex* y *La Jornada*. Estudió la maestría en estudios latinoamericanos.



# SELECCIÓN



## Rosario Castellanos in memoriam: una narradora invisible

Ciudad de México, septiembre de 2024

Querida Rosario:

Te escribo sin ambición alguna de que me leas. Ni siquiera sé si estas oraciones, encadenadas una tras otra hasta formar páginas, serán suficientes para hablar de tu presencia en mi vida. Sólo queda el intento y olvidar las nimiedades (claro, si puedo). Empezaré con un recuerdo reinventado por mi mente, quizá reelaborado a mi conveniencia para esta ocasión.

Hace no mucho, en medio de butacas, pasillos enredados y voces dispersas, una profesora nos hablaba de la escena de lectura,<sup>1</sup> esa relación significativa que surge entre lector y libro. Un encuentro que altera nuestro diminuto universo y lanza una mirada vacilante hacia nuestro interior.

Tengo un sinfín de huecos en la memoria, tantos como hojas caídas en otoño. Aún así puedo evocar las lecturas que han cambiado mi sentir frente a la vida. Atesoro una experiencia de mi último año de prepa, recuerdo que mi profesora de literatura incluyó en el programa *Balún Canán*, obra tuya querida autora.

Claro que ya había escuchado tu nombre rondar con admiración las bocas de compañeros y docentes, pero no tuve el ánimo suficiente para acudir a ti. Todos cometemos errores, ¿no? Sé que entiendes eso. A veces, sin advertirlo, llevamos errores dimensionales a cuestras como encerrarnos dentro

<sup>1</sup> Concepto propuesto por Sylvia Molloy.

de murallas, ignorar la existencia de otros, separar pasado y presente, sentir que no se tocan y que humanamente somos mejores que ayer.

Yo los cometí. Estática escuchaba y observaba el acontecer de los días. Entonces, te leí. Llegué dispuesta a elaborar listas de personajes y acciones para el examen. Memorizar con la certeza de obtener un buen puntaje y nada más. Sin embargo, los planes cambian, ésa es su gran virtud (o no). La melancolía de tus líneas me llevó por senderos insospechados. Era un lenguaje distinto, formulaciones que distaban de mi cotidianidad urbana y me trasladaban a mi infancia. A un lugar cubierto de llanos extensos, montes danzantes y cielos cubiertos de rocío nocturno. Sitio encantado por flores silvestres en cada vuelta, un hechizo roto por sus habitantes, por sus relaciones desiguales de poder. No era Chactajal, pero se parecía mucho, querida autora.

Devoré los capítulos entre clases. Confundí los tiempos, los puse uno sobre otro. Habité los inicios de la Reforma agraria, volví a mi niñez y olvidé mi presente adolescencia. Quizá los terratenientes desaparecieron, pero el desdén se quedó.

En ese lugar transcurrió mi primera década de vida. Vi personas abusar de otros, de aquellos que llamaban (o llaman) “indios”. Los observé ocultar su insensibilidad tras su piel clara. Justificar su supremacía en la convicción de su ascendencia occidental. Los nombrados “indios”, con la cabeza en el suelo, adquirirían el ánimo de una estatua, como si murmuraran: “Nos preservaron para la humillación, para las tareas serviles. Nos apartaron como la cizaña del grano.

Buenos para arder, buenos para ser pisoteados, así fuimos hechos [...]”<sup>2</sup>

Escuché a muchos enorgullecerse de hablar español, no por la suavidad con la que impregna el oído en días tristes, o por la riqueza de su léxico, sino por el estatus que les concedía en el país. Mientras yo, confundida y pequeña, le preguntaba a mi mamá por qué yo, a diferencia de ella, no hablaba mazahua. Creo que puedes intuir la respuesta, Rosario. En un intento de protección cortó los lazos con su herencia, no quería que sus hijos sufrieran burlas. Yo no insistí, quizá por miedo, o tal vez desinterés infantil. Todavía no tengo la respuesta.

Mi papá estuvo de acuerdo, dispuesto a alejarse de todo lo que nos señalara como “naturalitos”, siempre obediente a las enseñanzas de mi abuela. Así, mis padres fijaron un pacto tácito entre ellos, producto del susurro de voces ajenas. Los primeros prejuicios se hundieron en mi mente, se pegaron a mí, igual que el musgo a un árbol. No los cuestioné, mi vida le pertenecía a un montón de criaturas fantásticas. A hadas con la habilidad de remover amarguras y conceder alegrías.

Ves, cometí errores sin querer. No los noté con mi mirada risueña de la infancia, más tarde tampoco. A pesar de eso, tus páginas astillaron mi realidad, la despojaron de su falsa bonanza. Con palabras de la nana comprendí la tristeza que calló mi mamá y tantas comunidades como la suya: “nos arrebataron lo que habíamos atesorado: la palabra, que

<sup>2</sup> Rosario Castellanos, *Balún Canán*, CDMX, FCE, 2010, p. 56.

es el arca de la memoria”.<sup>3</sup> Pueblos sin historia, sin futuro. Pronto un ruido me persiguió en cada paso: el mundo era otro.

Desde mi infancia, fue fácil averiguar que hombres y mujeres no son iguales. Sumergida en una sociedad patriarcal acepté ese precepto sin quejas, igual que mis antepasadas y coetáneas. El ideal femenino se grabó en mi carne, en mi voluntad, tanto como los peligros de la condena social. Cualquier falta cometida hacia mí sería mi responsabilidad.

Aún así no me sentía insignificante, mucho menos molesta. Mi vida transcurrió amena, pronto nos mudamos a la ciudad, el follaje verde se convirtió en concreto desteñido, me acostumbé a las noches sin estrellas. Pero la grieta de mi realidad se extendió. Cuando anotaba personajes no encontré el de la narradora, sabía que era una niña. Hurgué las hojas con cuidado; no había página ni diálogo que lo consignara, como si el relato perteneciera a una voz invisible. Me pregunté qué significaba eso, qué querías decir tú. Y lo supe: ¡por supuesto que era insignificante! Subordinada como las mujeres de Comitán, culpable como Matilde.

Bastaba levantar la mirada, encontrar tu rostro en una superficie reflejante y contemplar algo difuso, un cuerpo desnudo de ilusiones. Todo el tiempo extranjera a ti misma. Jamás tendría la misma valía ni libertad que un varón, que mi papá, que mi hermano. Sin embargo, todo cambia. A pasos pequeños y con batallas, la sociedad tiene que cambiar. Hoy, nos queda el consuelo de los sueños, ¿no es así?

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 7.

Una voz lejana que susurra: “Duerme ahora. Sueña que esta tierra dilatada es tuya; que esquilas rebaños numerosos y pacíficos, que abunda la cosecha en las trojes”.<sup>4</sup>

Tiempo después, tomaría en mis manos *Álbum de familia*. Me gustaba leer, eso lo sabía, aunque mi repertorio se reducía a libros juveniles, de amores inciertos y escenarios mágicos, que sin advertirlo me educaron sentimentalmente. Muchos con la trampa de reproducir el letal amor romántico, la heteronorma.

Tenía una noción ingenua del amor, me acechaba el deseo de sacrificar todo por alguien, de darle mi voluntad, aceptar cualquier acción. Pues al final, “el amor lo vence todo”. Ya con la mente más ávida, tu antología derrumbó ese deseo, las palabras “perdí mi antiguo nombre y aún no me acostumbro al nuevo, que tampoco es mío”,<sup>5</sup> se convirtieron en un bucle mental.

¿Eso era el amor, el matrimonio? Desechar tu nombre, más bien tu identidad, recrearla a conveniencia del ser amado, y si todo salía bien, conservar migajas de ti, amontonadas en el pasado. Yo no quería eso, supe que por mi género sólo yo obtendría el laurel de perdedora. Tuve dudas antes, pero comprendí lo verdaderamente injusto de esos romances (poco ficticios) hasta leer tus páginas.

Tu personaje, ausente de nombre una vez más, lo entendió frente a un pedazo de carne que se cocía lentamente. Y ahí estaba la belleza de tu obra, no había una acción impe-

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>5</sup> Rosario Castellanos, *Álbum de familia*, CDMX, FCE, 2018, p. 13.

tuosa, un viaje heroico a tierras remotas, sólo un acto de todos los días, sin rareza alguna, un simple fluir de pensamientos que rompía la promesa del matrimonio feliz. Tramas cotidianas que me hicieron replantearme mi experiencia como sujeto femenino. No quería perderme en los anhelos de alguien más.

Más tarde, trozos de tu poesía se colaron en mis tardes universitarias, mi único alivio contra el estrés de finales de semestre. Algunas veces, me senté en las bancas desgastadas de la facultad, en un patio escondido, cubierto con gracia por la lluvia. Ese pequeño espacio que lleva tu nombre, un recuerdo de tu paso.

No te voy a mentir, Rosario. La poesía y yo tenemos una relación complicada, de caminos inacabados y torcidos. Por suerte, no siempre ocurre eso. En tus poemas hallé la valía del lenguaje. Con él enunciamos el mundo, creamos discursos que agitan el cosmos, confesamos tiernos cariños o frustraciones. Somos seres de palabras: “Porque una palabra es el sabor/ que nuestra lengua tiene de lo eterno”.<sup>6</sup> Es verdad, hablamos y escribimos para encontrar otra forma de vivir, una que nos quite del corazón el recuerdo de lo efímero.

Aquellos sin voz, condenados al mutismo, nunca viven, soportan injusticias y esconden pesares. Ésa ha sido siempre la historia de los subalternos, de los pueblos indígenas y del género femenino, personas con dolor que tú, Rosario,

<sup>6</sup> Rosario Castellanos, “El resplandor del ser”, en *Poesía no eres tú*, CDMX, FCE, 2024, p. 96.

desentierras del olvido, dispuesta a romper la narrativa opresora. Eso nos queda de ti.

Al final, autora mía, tú lo sabes, leemos contra la soledad, para encontrar el nombre oculto de lo que sentimos, de nuestras experiencias y relaciones con los demás, porque “Con el otro,/ la humanidad, el diálogo, la poesía comienzan”.<sup>7</sup> Leo para descubrir otras existencias; en ocasiones, para aprehender un recuerdo, un instante, una esperanza.

Hasta pronto,

*Elizabeth Cardoso Garduño*

**Elizabeth Cardoso Garduño** (CDMX, 2001), estudia la carrera de lengua y literaturas hispánicas en la FFyL de la UNAM, donde realiza su proyecto de titulación.

<sup>7</sup> “Poesía no eres tú”, en *ibid.*, p. 311.

## Amigas de asfixiantes letras

22 de agosto del 2024

Chayito:

Siento cómo me mecen tus letras, no son arrullo de noche, sino la cruda verdad del mundo que agoniza y que es injusto, pero del que con la exquisitez del sarcasmo nos mostraste más ligero. Proclamaste los símbolos como tuyos porque lo eran; creaste ruidos sutiles y voraces que llegaron a mis ojos y oídos como el eco de tu espíritu feroz y eterno. Cuando llegaste a mí te sentí como un susurro y me llenaste de lágrimas porque también tengo, como tú, un hermano con el que comparto el lazo del miedo, no es el miedo a un perro y a Dios, como en *Primera revelación*, pero siempre nos ha aterrado la vida, vivir aquí y sentir cómo palpitamos en el mundo. Y entre más he podido escucharte desde el pasado he querido empezar a tutearte, no porque te haya perdido el respeto o porque no crea que merezcas el valor de un “Usted” así como tú le hablabas a quien amaste, pero para mí eres “Tú”, una íntima amiga que me mece con el sonido de su voz cuando leo todo lo que hubo en ti y que sigue dentro de mí.

Sé que tú utilizaste las palabras para que no cupieran los fantasmas entre tus paredes, con las consonantes que no te llenaban, pero siento que entre más lleno la hoja mi cuarto propio se vuelve más grande y en las curvaturas de las vocales puedo tocar tu mano que extendiste hace tantos años y de la que mil dedos de mujeres se sostienen. Escribiéndote casi puedo oler entre líneas rectas tus pestañas quemadas y

me pregunto si tu muñeca tenía una forma particular, un hueso salido que truena o un dolor permanente. Yo tengo un callo en el dedo anular por la pluma, aunque en mis 24 años no me he acercado ni un poco a sangrarme los dedos. Desde que te conozco he querido intentarlo.

Siempre creí en los dones, en que la gente nace con un algo y está destinada a éste, pero al ver las dimensiones de ti me di cuenta que la escritura no es sólo dejar supurar el alma, también es el cargar la máquina de escribir, pesada, y ponerla al lado de tu comida para plasmar el imaginario de las faldas y los pantalones que ves pasar. Darle nombre al silencio. Y hacerlo vorazmente. Antes de ti pequé de soberbia pensando que una divinidad en mi espalda me daría la luz en los dedos sin necesidad de salir a tronármelos. Sin desgastarme la vista ni el pecho. Pero erré. Al ver los más de quinientos ensayos de *Mujer de palabras* me di cuenta que todo debía ser reportado en el papel, y quise hacerlo, y a pesar de que mis notas del celular criticando el capitalismo no es lo que hacías, es mi práctica. La magistralidad con la que metes tus vivencias y haces críticas sociales irónicas con diferentes niveles del discurso no creo que se haya dado de la noche a la mañana, con la sombra divina en los hombros, creo fielmente en tu muñeca chueca o tus dedos quebrados para la construcción de todas estas páginas y *Mujer que sabe latín* y *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas* y *Tablero de damas* y *Ciudad Real* y *Los convidados de agosto* y *Álbum de familia* y *Poesía no eres tú* y las cartas que nos hacen odiar a Ricardo y llorar por los traumas con nuestros padres. Ver el mundo en el barco de tus ojos; por eso intento escribir con más

frecuencia, con más ganas, no para tener una extensa obra, pero sí para tener algo que al fin me guste. La verdad sentí tu mano cálida masajeando mi pecho, de una madre comprensiva a la que no habité, al leer una carta en la que no te sentías completamente satisfecha con tu trabajo de *Balún Canán*, porque para mí fue una de las obras más trascendentes en mi vida, hermoso el sentido de la palabra robada, arrebatada, ultrajada, y la pelea por ella, además de la oración de la nana para cuidar a la pequeña olvidada que somos todas al lado de un hermano, y el perdón, la súplica de perdón como final: excepcional. Y el hecho de que no te convenciera por completo me hace sentir alivio al juzgar todo lo propio como algo intrascendente.

Fuiste muy dura contigo misma Chayito, pero entiendo por qué. No debió ser fácil ser tú en tu época, ojalá estuvieras hoy aquí, no porque las cosas hayan mejorado demasiado, pero tal vez a tus padres no les preocupara tanto tu cualidad de mujer para amarte y podrías sentirte un poco menos culpable de existir a su lado, menos fea, menos innecesaria. Incluso, sin ánimo de crueldad, en este tiempo tal vez Benjamín seguiría aquí, y tal vez la falta de dolor te habría quitado el poder de la palabra, o no, tal vez Mario seguiría en tus páginas a pesar de unas mejillas rojas, no lo sabemos, pero si el dolor hizo tu pluma, si la época hizo tu pluma, y el nacer en los 2000 te quitara todo eso, todos los que te hemos leído te regalaríamos la súplica al cielo para ello, porque perderíamos una íntima amiga, o conoceríamos a otra. Porque sé que tu voz está en la finura de las curvas y las rectas de las letras, pero ojalá que no hubieras tenido que

sentirlas clavándose en tu piel, desolladoras, para darle vida. Creo, desde el fondo de mí, donde estás tú, que sin el dolor aún podrías haber hecho tuya la letra, porque es de ti, pero muchos que queremos llenar la hoja sabemos que sin el peso sería una página en blanco y negro y nos gusta el escarlata. La palabra puede salir de estos cuatro muros asfixiantes, y de la piel, del hueso, y quiero, como tú, tener el tuétano como tinta.

¿Quieres que seamos amigas de asfixiantes letras?

Con la respuesta esperanzadora en mi inicio,

*Nayla Elizabeth Cruz Domínguez*

**Nayla Elizabeth Cruz Domínguez** (CDMX, 2000) estudia economía en la UNAM y letras hispánicas en la UAM. Es escritora “desde que tengo razón y hasta que la pierda”.

## A veces una tiene que ser sola

Querida Rosario:

Hace poco terminé con mi novio. Nos reunimos en un café frente a la universidad. Te juro que aún logro sentir el vaso de té helado, el cómo algunas gotas de agua se resbalaban por su superficie como las lágrimas por mi rostro. Él siempre me trató bien, nunca nos peleamos, pero creo que a veces el amor no da para más.

Te cuento que como tú, yo desde pequeña tuve interés por las letras, por escribir poesía. No sé qué afectos mueven en mi alma las palabras, pero recuerdo la primera que me causó asombro —el nombre de mi mamá, la mujer que ocultan esas letras (esa que siempre ha sido antes de ser mi madre)—. Y persiguiendo ese sueño me mudé. Dejé mi casa para estudiar literatura, abandoné ese nido en el que me sentía protegida, amada, y me lancé a las ferocidades del mundo. Llegué a los 19 años a un cuarto; recuerdo sus paredes despintadas, sus esquinas inexactas. Esa extraña danza del polvo al caer sobre las losetas frías e irregulares. Sólo traía conmigo a mi gata, un exceso de inocencia y un ímpetu inestable por devorarlo todo. Ya te imaginarás que fue mucha mi frustración al darme cuenta de que en realidad no sabía hacer nada: que todo me era totalmente ajeno y yo no tenía idea de cómo vivir sola.

Hice como pude ¿sabes? Acomodé mi existencia a una urbe que me consume y como la vida me dio a entender, he vivido. Cuando llegué acá se convirtieron en un consuelo varios de tus textos. Te conocía de antes, claro, pero la

verdad durante la preparatoria nunca me atraparon tus versos. No fue hasta que tuve que afrontar mi autonomía que empezaron a cobrar sentido; y no es hasta ahora que vuelvo a estar sola que desosegada los recuerdo.

A él lo conocí una tarde que lloraba porque me sentía incapaz. Me había perdido buscando la casa de un amigo, y tuvo la gentileza de hacerme compañía hasta encontrarla. Rosario, él me saca siete años e inspira seguridad. Contrario a mí, él parecía saber lo que estaba haciendo, parecía haber resuelto su destino. Y me enamoré de él; en tres días nos hicimos novios. Nadie nos quería juntos. Tal vez porque yo no sabía lo que estaba haciendo, tal vez porque él buscaba algo muy serio: tres años y medio, dos apartamentos y un montón de poemas después me doy cuenta de a qué se referían. Todo este tiempo, en realidad, no crecí nada.

Ay Rosario, ¡nadie me contó que el amor a veces no es suficiente! Que hay casos en los que otros deseos pueden cautivarnos de maneras más profundas: el deseo por ser una misma, por realizarse, por explorar. Nadie me contó que a veces es necesaria la soledad para mirarse de verdad al espejo, descubrir las debilidades, las fortalezas. Estos días me he sentido perdida, vago de la mano de una bella dama sin piedad. De la mano de una nostalgia enfermiza. Él me cuidaba, Rosario, y yo no aprendí a hacer nada. Cuando me di cuenta me costó como no te imaginas aceptarlo; la ternura de los demás, de vez en cuando, nos arruina. Todo este tiempo he sido una niña, y aunque siempre fue cariñoso conmigo, jamás me vio como algo más. He sido una muñeca de cristal.

Miro pasar las aves y me pregunto ¿cómo llegaste tú a ser tú misma? ¿Cómo sabe el ave que volar es su esencia? ¿Dónde se oculta ese instinto que nos conoce? Extrañaré por siempre sus besos, sus brazos cálidos sosteniéndome al sentir que me derrumbo. Pero entonces ¿para qué tengo dos piernas? ¿Para qué, sino para sostenerme? Leo una y otra vez tus poemas y a la gran admiración que siento por su belleza me viene la imperiosa curiosidad de saber si tú te sentiste en algún momento tan desconcertada como yo. Si detrás de esas estrofas en las que veo seguridad y certeza hubo alguna vez incertidumbre.

Han pasado los días y sigo llorando; no te mentiré, es muy difícil afrontar las decisiones que tomamos. Jamás me ha gustado estar sola. Pero me mantiene de pie el sueño de plasmarme en un verso como verdaderamente soy: una mujer. Una mujer que se cansó de vivir a expensas del cuidado de alguien más, que anhelaba –sin saberlo– autonomía. Es gracioso, supongo, que no me di cuenta hasta que decidí aprender latín. Tengo que confesarte que se me da demasiado mal, pero hay algo en el hecho de que me sea tan complicado que me atrapa. Asimismo con la vida: espero algún día cazar el ritmo, dejar que las hojas de los árboles se agiten a su antojo, que la primera florezca y se marchite, que las aves que migran sigan su rumbo.

Querida Rosario, gracias por darte el tiempo de leer esta desesperada carta. Hace poco terminé con mi novio y aunque estoy triste parece que la vida por fin continúa, parece que al fin se cierra el gran paréntesis en el que estuve encerrada, por voluntad propia, durante años. Ojalá puedas responder

mis preguntas, sé con certeza que llegarán esas respuestas como si fueran presagios; tal vez en un verso o en el pasaje de una novela, en la oración en un ensayo, o en una imagen fragmentaria. Por mi parte seguiré leyendote con paciencia, esperanzada de seguir encontrando este alegre consuelo que me brindas.

Con mucho cariño,

*Ximena Dorantes Larrauri*

**Ximena Dorantes Larrauri** (Querétaro, 2001). Estudia literatura intercultural en la ENES Morelia. Es autora del poemario *Rondas Nocturnas* (Eleusis, 2024).

## Conversación presente de los ausentes

Ciudad de México, un día de viento fúnebre de agosto de 2024. A la celda hermética que es Rosario Castellanos in memoriam,

Han pasado cincuenta años de tu partida y nos invitan desde tu universidad para escribirte. No creas, sin embargo, que te escribo únicamente por esta razón, lo hago como necesidad para traerte al siempre urgente presente. Puede sonar extraño escribir a los que ya no están, pero es engañosa la enunciación. Escribía Chesterton que morir no es ausencia, sino presencia en otra parte. Convengamos que esta carta te llegará de una u otra forma, pues como escribía tu amiga Pita Dueñas, enviar una carta es una actividad muy necia. Espero, sin embargo, que no sólo leas el encabezado y el final, como escribía Meche (es decir, tu amiga tapatía). Este ejercicio es un oficio evocativo, surge desde la conciencia de una presencia ausente.

La famosa respuesta de Sor Juana, cuya obra estudiaste, inicia con el enmudecimiento. La monja jerónima dice que no calla casualmente, sino que reconoce que el silencio es expresión de algo y que, por tanto, su silencio no es por falta de voluntad. Ese sentimiento estriba entre las letras y las palabras que escribo. Me pregunto cómo hablar ante lo que se evoca en el silencio, más aún, cómo ser ante aquello que ya está escrito. Tengo el consuelo de que sobrevive tu obra y, en ella, tu memoria. Tu obra, redundando, es expresión de tu memoria; que recuerda a lo que decías sobre la palabra como arca de la memoria. Tus escritos son tu única voz, desde la muerte, y no en ella, nos hablas y, por tanto, se nos exige

contestarte. He aquí mi intento de respuesta meditada, que contiene mis palabras como forma de conjugar a los fantasmas, en fin, de conjugar te y de conjugar me.

Tu nombre ha llenado mis oídos y mis ojos en diversas ocasiones y momentos. Tal vez la primera vez que leí el “Rosario Castellanos” fue al visitar el Centro Cultural del Fondo de Cultura Económica que lleva tu nombre para asistir a la Feria del Libro Judío. Lo anterior, resulta, desde luego, una coincidencia entre tu nombre y el lugar de la encrucijada de tus caminos. Así como tu nombre anuncia la rosa, así el centro cultural que lleva tu nombre despliega en el techo, creación de J. Hendrix, un bosque de luces y sombras. Volvió tu nombre en una clase de preparatoria sobre tu libro *Mujer que sabe latín* (1973) y reconocí en tu nombre el refrán “mujer que sabe latín, no tiene marido ni buen fin”. Parecería que tu nombre empezaba a invocar en mi mente la figura de la rosa y el rosario, del ser vivo que se despliega elegante y de la sarta de cuentas que trae en ellas muchos recuerdos. Tu apellido Castellanos me lleva a un recorrido más complejo de calado histórico, hacia Castilla y por relación (más no por significado) hacia la fuente Castalia, que nos trae de vuelta irremisiblemente a la inundación de Sor Juana.

Esto tuvo su consolidación al entrar a la universidad en la Facultad de Filosofía y Letras, donde escribiste como tesis de maestría *Sobre cultura femenina* (1950), la cual, debe decirse, es una de las reflexiones más tempranas en torno a la ideología esencialista de género. En pasillos y jardines donde alguna vez estuviste, cierto día una amiga me dijo que me veía en el Chayo. Ante mi confusión, llegué a un jardín donde

estaba un busto de tu rostro y entendí que ese jardín llevaba también tu nombre. Lo cotidiano hizo que sobresaliera un apodo para mayor comodidad, tal vez así, el espacio se hacía propio. Parece que en tu nombre se anuncia tu obra o, se intenta cosmográficamente imponer en tu nombre un destino.

La palabra, decía Amparo Dávila, es una materia ineludible. No por nada empiezo hablando de tu nombre y de la materia que surge en mi memoria. En tu obra existe la tendencia de pensar en la palabra, incluso en reflexionar en torno a tu enunciación. Inicia *Balún Canán* (1957) con la palabra arrebatada y, por tanto, tu novela se presenta como una devolución, al mismo tiempo que como una exigencia de los fantasmas de tu vida. En tu obra encuentro mucho la relación entre la obra y la autora, aquello que intentó conocer Emmanuel Carballo.

Al pensar en tus obras que he leído, encuentro en ellas un motivo constante: el dolor y el sufrimiento. Categorías conceptuales de muy difícil definición que, sin embargo, hallan en tu poesía una enunciación clara y lúcida. Se puede encontrar lo dicho al leer la *Noche de Tlatelolco* (1971) de Elena Poniatowska, pues se incluye en el libro tu poema “Memorial de Tlatelolco”, donde la memoria se vuelve una llaga que duele por ser verdadera y que sangra de recuerdos que ayudan a despejar la oscuridad que engendra la violencia criminal. Me parece que tu poesía es radical, en el sentido más etimológico posible, resulta una forma de llegar a la raíz de las cosas, en ella descienes con las palabras agarradas de la mano para no precipitarte.

En tu pretensión de permanencia no escribes de lo contingente, sino que apuntas tu mirada en el intersticio de lo

concreto y lo abstracto. Así lloras cuando se te quema el arroz o pierdes el recibo del predial, escribes como un modo de existir ante el vacío impuesto social y culturalmente; un vacío que se somete con el silencio obediente, un vacío que se transmite del pecho materno. Cierras tus poemas con un espectáculo de la desgracia que no debe contemplarse, con un dolor que es tuyo y que te hace eterna. Tal vez no te gustaría lo que digo, dirías que tu poesía no es desahogo y, por tanto, no es autobiográfica. Debo decirte que no apunto a esa lectura, sino a reconocerte y encontrarte en tus letras, ya que, ante tu ausencia, es lo único que me queda. Tus palabras revelan el dolor como parte sustancial de la condición humana y das cuenta de él con signos concretos, sin dejar de lado lo abstracto de ello.

Podría parecer que digo que tu obra es un quebranto del espíritu, al contrario, me resulta esperanzadora. Hallo esto en tu forma de observar la realidad y de pensarla. Sí, la vida humana la presentas con dolor y sufrimientos, pero no nos dejas a la deriva. Nos hablas del amor como una exposición ante la posibilidad del dolor, como una negación desgarradora de lo individual para llegar a una colectividad entrañable. El amor como tragedia, al mismo tiempo que como materia precisa y resolutive. Debo hilar fino para que me entiendas, tu poesía nos ofrece murallas, pero de repente encontramos ventanas que dejan pasar la luz y sentir su calor como un ente que nos rodea. Ante el caos de la vida, ante el quiebre de la vara con que mides y el extravío de la brújula, no se puede entender nada y buscamos contigo una pastilla que nos brinde algo de orden.

El dolor se conjuga en ser, se concreta en la condición de ser mujer y mexicana. Así leo esa amplia reflexión en dos obras que ofrecen una larga tendencia: *Mujer que sabe latín* y *Sobre cultura femenina*. Llevo dentro mío la importancia de otro modo de ser, tu idea de poseer un pensamiento propio y particular que, sin embargo, no olvide lo colectivo. Así escribías en tu obra de teatro *El eterno femenino* que no bastaba descubrir lo que somos, sino que es necesario inventarnos. Nos recuerda, como una gran luz al final de un camino oscuro, que tu poesía se extiende y se vuelve tangible en la realidad, en suma, que el cambio es posible.

Y es en esa esperanza que encuentro una certeza en la disciplina de la historia, la cual estudio. Si la historia es complicada y confusa, tus obras no agregan dificultad como en *Oficio de tinieblas* (1962), donde te alejas del discurso histórico sin alejarte nunca de la dimensión humana, porque al final tu obra es una forma de explicarte a ti misma lo que no entiendes, y la confusión se extiende a quienes te leemos, dándonos pistas de la tragedia como catalizador que nos explica. En *Balún Canán*, encuentro más motivos para escribir desde la historia, parece que la gente está en pugna por encontrar su lugar a través de nuestras palabras. Así, escribir la historia no es algo contingente, sino que resulta necesario.

No quiero decir que exista la razón en tu obra, sólo te expongo brevemente la manera en que la he leído. Más claro sería decir que hablo de la manera en la que tu obra me brindó respuestas ante situaciones concretas de mi vida. Al final, en la literatura, como decía Francisco Montes de Oca, encontramos lo que más ardientemente anhela nuestro co-

razón. Es por eso que esta carta es un ejercicio de censura, como toda lectura lo es, pero recordando que la lectura nos libera y no nos objeta. Censura del modo en que leí tu obra, experiencia que no quiero señalar como general, ni mucho menos verdadera o razonable, porque la razón es una crueldad terrible. Otra censura es bajo qué condiciones tu obra me impactó, podría particularizar, pero se me está acabando la tinta y el espacio; creo, en cierta medida, que en los puntos y comas me he escondido para contarte quién soy.

La vida no es eterna, aun cuando el dolor y el sufrimiento nos hacen eternas en el porvenir al universalizar la experiencia. Escribías: “Es tan fácil morir, basta tan poco” y como si de una predestinación se tratase, el 7 de agosto de 1974 dejaste este mundo por un accidente doméstico en Tel Aviv, ahí se cruzaron los caminos de tu tiempo. Leer tus libros y releerlos es el homenaje más honesto que podemos hacer, pues si la carta es la conversación de los ausentes, la literatura es el diálogo eterno de los presentes.

Se despide con sus silencios,

*Fernando Fady Estrada López*

**Fernando Fady Estrada López** (CDMX, 2003) estudia historia en la FFyL de la UNAM. Escribe ensayos, poesía, y ha publicado textos en revistas como *¡Gooyal!* e *Investigaciones Geográficas* del Instituto de Geografía de la UNAM.

## No te quiero mentir

Taxco de Alarcón, Guerrero, México, 17/09/2024

Rosario Alicia Castellanos Figueroa

Lugar Desconocido, México

Muy señora mía, Rosario, con admiración y sufrimiento: Israel me queda muy lejos, quizás por eso leo tus libros, para no sentirme solo, para verte de nuevo, en un lugar que no sean mis sueños, un lugar que sea nuestro, México... Déjeme explicarme, antes de que intente siquiera arrugar este papelito, una carta hecha de prisa, aunque las ideas las tenga claras, puras y cristalinas como los sentimientos de Juana. Juana, yo, Juana, Rosario, soy Juana; celosa, portadora de unos celos endemoniados, y todo porque me falta algo que nuestro más allá tiene, a usted, físicamente, amablemente, poeta, poietes.

Me enamoré el día que te ví entrar por la puerta de la cafetería, mis amigos se sentaron donde siempre y juntamos mesas porque llegó más y nueva gente a nuestro círculo de lectura. Apenas era la quinta o sexta reunión, como de costumbre, me olvidé descargar el cuento correspondiente y del autor apenas sabía que sería el inicio de mi desdicha escrita. ¿Castellanos? ¿Indigenismo? Rosario, te vi entrar por esa puerta, agarrada a la palma del profesor Uriostegui, con esa tapa blanda, líneas verdes y unos montecitos negros. La escritora que cambió el juego, nos acercaste a nuestra indiferencia, a nuestro racismo, a una guerra invisible pero palpable. Era apenas un jovencito veinteañero, Rosario, por favor entienda, cómo no voy a dejarme seducir por un carácter

fuerte, una idea que me golpea, que me toma desprevenido, me calla y me guía a los más terrenales infiernos que un México hace arder día con día.

No te quiero mentir, porque mi trabajo como actor no me lo permite, pero todo cobró un tono más juvenil, más coqueto, si quiere usted decirlo así, cuando su fotografía se reveló frente a mis ojos, cuando cargó pixel por pixel su rostro (otro día con gusto hablamos de cómo funcionan los dichosos pixeles). Quizás porque entre tantas fotos elegí la más cercana a mi edad, quizás porque esa flor llamó mi atención, o simplemente por coincidencia. Aquel martes de esa quincena, esperé con ansias el próximo martes de la siguiente quincena. No bien acabamos de leerte hasta la página trece, corrí a solicitar mi ejemplar bajo pedido. Y es bajo pedido en Taxco, mi pueblo, señora, ¡porque aquí no había librería a la que acudir! imagínese usted lo frustrante y miserable que ha de ser uno para querer ser escritor y no tener ladrillos con los que construir su casa, es más, no hay lugar dónde comprarlos. Habría mi pueblo robado su atención y yo, muerto de pena, si es que muero de mirarte y no entenderte ya, Rosario. Pero incluso así me he podido criar (porque no dejo de ser hijo) de los clásicos que aún tengo pendientes; configuramos el círculo de autores de magnífica producción literaria como la suya. Sé que no menospreciaría estar al lado de Pacheco, Fuentes, Reyes, Poniatowska, que tanto escribió de usted, de Inés de la Cruz, imagine usted, de autores perdidos como Guillermo Jimenez, que intentó rescatar nuestra alma mater, o de contemporáneos del lejano 2010, Esquinca o Andrea Chapela. Y no le digo esto para presumir,

sino al contrario, mostrarle con sinceridad y apetito, mi incredulidad literaria, que me es baza con amigas y amigos, pero no con usted, no con un monstruo intelectual y solitario que se condenó en el momento mismo que decidió ser.

Y no importan los nombres que sumemos año con año, no hay dos Rosarios, ni siquiera por anécdota, o por chiripa. Sólo es usted, sola, usted, su vida y obra, nada más, ¿Sola fue en la vida? ¿Acaso aceptaría el galope lento de un percherón que arrastra admiración, frustración, deseo y pendientes dramáticos? Me frustra pensar que está allá y no está aquí, que sería un confundido de la pandemia que arrasó mi tiempo, que los anfitriones Hun-Came y Vucub-Came me encontrarían jaguar, pero no guerrero, aunque la tierra caliente me haya dejado las marcas imborrables de un delirio donde vi su obra, no actuada, vivida.

El campesino, el indio, indígena, es una extensión misma de la tierra. El otro, el que arrasa con la susodicha, no es su enemigo, simplemente no es su amigo. Aquel carácter infantil de blancos y negros se me deshizo en la boca cuando me acerqué un poquito más a usted, ¿acaso uno no acaba de conocer a sus autores no por sus obras, sino por sus cartas?

Entendía el conflicto de ser y no poder ser, pero, a medias, porque de tanto en tanto me coloco la piel de otro, de un personaje, que me permite ser. Mi trabajo como un indio que cuenta la leyenda de la piedra maldita de las estacadas, afuera de la casa Humboldt (sí, ese Humboldt), me arrojó a Guayameo, donde encontré el carácter celoso, fuerte, sexual, aguerrido y también displicente de la mujer hacia el hombre y viceversa. Las tierras ahora son ajenas, tomadas, violadas,

controladas y exigiendo a gritos ser escuchadas o ya de plano pepenadas. Aquella exploración la culminé dejando un grafiti que decía Balún-Canán, afuera del jardín. El trabajo del actor es distinto al suyo, sobre todo en una época donde los prejuicios se diluyeron con agua y cuando esa agua nos andaba ahogando, y una condescendencia nos arrebató la razón, fue echada en arroz y ahora sólo es que huele mal. Lamento ser yo quien le diga que su ex marido, aquel nihilista declarado, es uno de los que vertió agua en ese vaso, para bien y para mal, porque habemos quienes bebimos de ella y supimos entender el volumen del asunto. Pero aquí le escribo una frase inmemorial de nuestra cultura que resume la agonía de los que estaban fuera del muro de la razón; “hay quienes se andan ahogando con un vasito de agua”.

Nunca he estado y creo nunca poder estar allí contigo, compartiendo la lectura, riendo de algún carácter sin sentido en las cosas que escribo, momento en el que te pido, no me dejes sin respuesta, no me hagas el mal. No te pido ser el señor Rainer, de quienes los tres conocemos su carta, pero sí te pido sigas siendo tú. Porque sé que no pudiste ser, que el tiempo se abalanzó como un hombre cruel y despojó de ti las más vivas entrañas de una infancia abnegada, de una madre lejana y una escritora pendiente.

No me mires con la lupa atravesada por Kinich, no resisto no entenderte, poco ayudaría que no me dejaras verte, Rosario. Entiendo a los míos, no los comparto, como las mías te comparten a ti, pero pido tres palabras para decirte; no somos iguales. Cosas han cambiado, deberías verlo, son pasos de Gulliver en un México con nuevas crisis y que rechaza

voltear a mirarte, no por quien eres, mi señora, sino porque tu obra es tu estandarte y pocos hemos levantado la mano para decir que queremos ser saludados con un puñetazo que nos despierte. Eres un mezcal puro, servido en caballito de barro y, más que un viaje, un espejo (bien pudo llamar Carlos Fuentes, “Rosario Castellanos” a su libro más atrevido, *El espejo enterrado*).

Quien sabe, quizás me hubiese gustado escribirte más, con la pena que el talento me atraviesa (sólo hay que leer mi horrible continuidad), al reverso de mi libreta, al fondo del aula y de colado en tus clases. Soy el que no conoces, el que ya no conociste y también al que no hay que conocer, porque mi suerte no fue la Otilia y mi muerte es hoy que me lees, de tan lejos, tanto como Israel es para mí, tanto como para ti es del Xibalbá a mis manos, que se aferran a ti.

La realidad que retratas es tan cruda, que me permito pedirte, sin afán de ofenderte, fascinarme. No con la nueva producción literaria, que seguro tus inquietudes no terminaron aquí, sino con las relecturas, que te mantienen viva, en movimiento. Así lo pediste, no ser estatua, sino que te dejaran ser.

Siempre tuyo,

*Javier Iván García Santana*

**Javier Iván García Santana** (Taxco, Guerrero, 1998) es actor, director, artista plástico, escritor y lector. Estudia arte y diseño en la Facultad de Arte y Diseño de la UNAM, Unidad Taxco. Es gestor del proyecto “Poesía para Novatos” en instagram.

## Naturaleza de buscarse

Querida mujer:

¿En qué posición me encuentro yo de escribirte a ti? Tan afamada, sin llegar a la cantidad que te haría justicia, tan estudiada, recordada en fragmentos, unos tantos pregonados por ti misma y otros muchos recuperados de vestigios de tu vida tirados a través de tu andar por ella.

Tan estudiada, efemerizada, honrada, y al mismo tiempo tan deshumanizada. ¿Cuánta envidia infundada creíste llegar a levantar cuando todavía te bombeaba el corazón? Si hasta hay escuelas con tu nombre, ¿cuántos de esos niños en educación primaria habrán llegado a saber que tu obra movía entrañas? No te envidio, muchos te nombran sin saberte. Mi primer acercamiento a ti fue cuando perdimos un concurso de escoltas y triunfantes salieron los abanderados de una escuela nombrada en tu honor, parasocialmente te odié, y ya no tan parasocialmente me odiarías de regreso si supieras que yo hubiera jurado con el pecho abierto que eras varón.

Muy bien, Rosario, ganaste esa vez, y además en un pensamiento retrospectivo relució mi ignorancia, ¿cuántos hombres compartiendo mi naturaleza infantil y aletargada intelectualmente igualaron mi postura? Probablemente los suficientes como para cruzar a leguas incualitativas el límite del hartazgo humano, cuánta paciencia, entre muchas otras cosas algo que podría aprenderte.

Y lo que parecieron siglos posteriores (curiosa la percepción del lapso entre mi infancia y la etapa donde me acerqué racionalmente a la imagen que dejaste de ti en el mundo)

que parecen décadas separadas por polvosas experiencias que me arrebataron la mirada tan deshumanizada de ti, finalmente regresé a leer tu nombre, y en pleno tumulto alrededor de mi minúscula existencia plagada de la suficiente sombreadad como para buscar refugio en la lengua que me precedió no sólo te leí, te encontré.

Huecamente, tengo que admitir, la arrasadora existencia de la red soltó tus letras después de una simple combinación de teclas en una pantalla.

“Poesía de mujeres en español”

La sencillez y carencia de profundidad en lo que buscaba era puramente reflejo de que mi naturaleza aún infantil procuraba desesperadamente paridad en mis sentires, aun si los dueños de estos sentimientos hubieran dejado el plano que yo buscaba sobrevivir hacía años suficientes como para no tener ni la más escasa idea de su cotidianidad, su historia, su tiempo.

A mi también me gustaba la cocina que mi casa tiene, y esa fue la primera de una interminable lista de cosas que asimilé como nuestras.

Con nostalgia me remito a ese tiempo en el que así como no te conocía a ti, no conocía la lista de factores mundanos que me harían partícipe en una espiral descendente hacia la autocompasión más inmundada y autodestructiva: la propia. Me asumí víctima de mi contexto y siendo víctima el simple acto de abrir los ojos en las mañanas ya era acción que se sentía flagelante. Me supe muerta porque en algún momento me amé y cuando dejé de amarme entonces ya no podía estar viva, le apliqué un silogismo a un poema y

estando yo muerta me sentía consolada, y veía un espejo y ya no veía reflejado más nada, en esa nada me encontraba par con algún ser humano que igualara mi precariedad espiritual.

¿Y ese sentimiento de identificarse, dónde se encuentra? ¿De dónde venimos todos, de dónde sale? ¿A dónde podemos regresar?

La soledad nos arrastra a rogar regresar a un lugar que nunca hemos conocido, y entre todas las cosas lo que menos conocemos es la naturaleza sin intervención, ¿una mirada antropocéntrica es lo que nos empuja a ensimismarnos tanto? en las miradas más filosóficas se dijo que el artista busca imitar la actividad que la naturaleza tiene para regularse a sí misma, y la regulación la lleva a algo extremadamente bello, los paisajes de los que tantos versos salen.

Y somos tan ajenos a la naturaleza que lo más bello que tenemos proviene de no saber estar regulados.

De no estar regulada te busqué sin saberte y encontré la belleza de la intervención de unas palabras escritas por tu mente.

Y regresando a la naturaleza, la actividad tan impoluta de hacerse a sí misma, algo tan inalcanzable se puede volver visible con el poeta correcto.

Gracias por eso.

Y gracias también por saberte mujer y saberte en tu contexto, y asumirme parte del precedente que nos ha dejado un camino de consecuencias, consecuencias que hoy nos regalan una realidad histórica que yo sé, tú hubieras soñado.

Así que siendo yo la adolescente que no se veía al espejo, la infante que te maldecía y la mujer que te agradece y te valora, firmaría esta carta como, “siempre tuya”.

Pero no me puedo entregar a algo que ya no vive, y abrazando una nostalgia ficticia de carecer y anhelar una imagen creada a partir del recuerdo y el estudio del pasado, entonces puedo abrazar la sensación de que realmente no estoy enterada de la mujer que fuiste, así que terminaré diferente.

Quedo a la espera de noticias tuyas.

*Fernanda Abigail González López*

**Fernanda Abigail González López** (CDMX, 2007) estudia en la Preparatoria núm. 2 de la UNAM y quiere “crear para vivir”.

## Ciento uno

Chiapas, 16 de septiembre de 2024

Querida Rosario:

No sé si en el lugar en donde te encuentras llegan las voces de quienes seguimos en estas tierras, caminando y resistiendo, pero quiero pensar que sí. Quiero pensar que puedes oírme, que puedes entender aunque ahora tú seas muy difícil de alcanzar. Mi nombre es María, nací en un pequeño rincón de Chiapas, ese lugar que tú conoces tan bien, el lugar al que llamaste casa algún día de tu pasado, que describiste y adoraste. Aquí todo es igual a la demás tierra, el sol se pone, ilumina todo a nuestro alrededor, llueve y las gotas que se convierten en corrientes se llevan pedacitos de nuestra tierra, y luego estamos nosotras, las niñas, a quienes nos enseñan desde muy pequeñas a obedecer y, sobre todo, a callar.

Pero yo no me quiero quedar callada, ya no más.

Mi madre dice que soy testaruda, de cabeza dura, y que no soy capaz de cambiar algo que desde hace mucho tiempo no ha sido cambiado. Crecí escuchando siempre que nuestro destino ya había sido elegido desde antes, que los hombres eran quienes elegían por nosotras, y que no hay forma de salir de este bucle interminable. Mi amiga, Citlalli, me ha dicho ya muchísimas veces más que no vale la pena seguir hablando, o en mi caso, escribiendo, porque incluso aunque gritemos y luchemos por nuestro futuro, nadie nos va a escuchar. Ella dice que nos llamarán locas. Que si gritamos cien veces, las cien veces nos ignorarán.

Estaba perdida, realmente consternada al saber que probablemente ellas tenían razón. Que jamás seríamos libres. Pero después, un día soleado como aquellos que a mi me gustan tanto, tu libro llegó a mis manos, el que hablaba de ti, de tu vida aquí. Leí tus historias, esas bellas y grandes historias que no tienen miedo de nombrar y hablar de aquello que todos quieren y prefieren ignorar, y ahí entendí algo: nosotras no estamos solas.

Rosario, tú hablaste de nosotras, de las mujeres como mi madre, como Citlalli, como yo, como tantas más que lloran, que aman, que sobreviven en completo silencio. *Balún Canán* cambió mi vida, en ese libro la niña que narra es también una niña como yo atrapada en medio de dos mundos: el indígena que lucha y el de los blancos que no nos ven. Ella refleja dolor, un dolor que yo casi siempre siento y que estoy segura de que más niñas lo sienten igual. Me he visto reflejada en esa niña, Rosario, porque yo también he sabido lo que se siente no pertenecer a ningún lado. He presenciado el estar estancada en el centro.

Como ya dije, aquí hay muchas personas que creen que nosotros no importamos, y que nuestra historia no debe ser vista, que las niñas como yo debemos seguir ese camino que se nos implanta, quedarnos calladas y mantenernos en las sombras, sin ser escuchadas. Pero tú me hiciste ver que nuestra historia, de hecho, sí importa, que merece ser contada, que nuestras voces sean cien voces que gritan cien veces, que merecen ser escuchadas, y que merecemos seguir luchando y gritando para que se eleven por el alto cielo y el viento no se las lleve sólo porque sí.

Tú, Rosario, escribiste con el alma y el corazón de una mujer en sufrimiento, que lo conocía y sabía reconocerlo porque lo vivía, pero también escribiste con la fuerza y el deseo de cambiar el mundo, porque el sufrimiento no te iba a convertir en una mujer vulnerable, te convirtió en una mujer guerrera. Tal vez encontraste en escribir una forma de luchar. Un escape que te ayudó a soportar las injusticias que tus ojos veían día tras día, que te liberó con cada nuevo verso, cada nueva historia y cosa que tú hacías. Y eso me enseñaste, que escribir es luchar, es resistir y sobrevivir.

En tu obra, las mujeres que aparecen son mujeres luchadoras, que no se rinden fácilmente a pesar de que todo lo que les rodea está contra ellas. Aquí, en mi pueblo, aún veo a mujeres recorrer kilómetros para conseguir alimento para sus familias, mujeres que son insultadas la mayoría de veces por hombres y que después de un intenso día, regresan a casa a cuidar a sus hijos y esposo. Me resulta muy triste saber que estamos atrapadas en un inmenso círculo, que es injusto y me duele darme cuenta de ello. Pero tus palabras, tan reconfortantes para mí, me recuerdan que como tú, yo también puedo ser una guerrera. Yo puedo hacer que mi voz sea escuchada. Encontrar la forma de hacerme notar.

Citlalli y yo hablamos nuevamente después de mi recorrido dentro de esas increíbles y mágicas páginas de *Balún Canán*. Ella tiene a su madre, a su padre y a otras tres hermanas que, igual que nosotras, sufren a diario la impotencia de no poder hacer nada ante las injusticias que nos bombardean. Su madre es callada, igual que la mía, su padre es rígido, igual que el mío, y aunque ella piensa que jamás seremos

escuchadas, veo una luz de esperanza en esos ojitos cafés que me miran con tanta admiración cuando me escuchan hablar de mi pensamiento. Ella no se atreve a decir su opinión, teme ser criticada, pero a mi lado, ella se siente poderosa. Y eso es lo que yo quiero lograr, que las mujeres a mi lado se sientan poderosas siendo ellas mismas, se sientan con el poder de tomar la palabra, cosa que todos deberíamos tener. Con el poder de cambiar el mundo.

Ella cree en mí, y eso es lo único que me motiva además de tu obra. Yo quiero gritar por todas las mujeres que no pueden hacerlo aún, yo tengo esa oportunidad al tener ese don de la escritura, como tú también lo tenías. Quiero gritar cien veces, como dice Citlalli, gritar y hacer un gran escándalo para que me noten. Si no me escuchan, si no escuchan cien voces de diversas mujeres, quiero ser la voz ciento uno.

Quiero agradecerte de sincero y cariñoso corazón, Rosario, porque aunque tú ya no estás aquí, tu legado sigue vivo, no sólo en los libros que escribiste, también en los corazones de quienes, como yo, encontraron en tus palabras fuerza y motivación para salir adelante. Tu grande y bello legado sigue paseando entre las calles de todos los rincones de Chiapas, de los diferentes estados de la República mexicana. Gracias por vernos, por entendernos y darnos esa fuerza que tanto necesitábamos para seguir soñando, algo que hace muchísima falta estos días entre los jóvenes como Citlalli, como yo.

Así como ocurre en *Balún Canán*, yo también quiero ser como esa niña, que aunque sea pequeña y se vea frágil, nunca se deja vencer por el miedo. Quiero que empecemos a nom-

brar las cosas como son, por su nombre y jamás callar, y luchar por resolver las injusticias, resistir. Porque nuestras historias importan, la historia de mi abuela, de mi madre, la de todas las mujeres y cada una de ellas, importan. Siempre importan. Y verás que, algún día, Rosario, nuestras cien voces serán escuchadas como la tuya, ciento un voces llegarán más alto que el cielo y resonarán igual o más fuerte. Gracias por hacernos luchar y por recordarnos que, por más difícil y complicado que sea el camino, siempre podremos encontrar la forma de seguir adelante.

Con cariño,

*María Valentina Hernández Cerón*

**María Valentina Hernández Cerón** (CDMX, 2006), es estudiante de traducción y tiene una profunda vocación por las lenguas y culturas.

## Gracias Rosario

12 de septiembre del 2024, Ciudad de México

Querida Rosario, no hace mucho que supe de ti y de tus textos, pero me siento extremadamente agradecida de haber llegado a ellos, de alguna manera me encontraron tus letras e incluso creo que fue el destino. Te escribo hoy porque te convertiste en alguien muy importante para mí, mi escritora favorita, jamás creí llegar a conectar tan profundamente con alguien a quien no estaba mirando directamente, tampoco hablando frente a frente o actualmente, que no puedo conocer a través de una pantalla. Te cuento, hace poco asistí a una ponencia en mi facultad, la Facultad de Filosofía y Letras (cuando me enteré que asistías a la misma facultad y además conociste ahí a Ricardo me dió una emoción grandísima, pisar los mismos pasillos que tú me parece una fantasía), que presentaba un libro titulado *Cartas a Ricardo*, la plática era entre cuatro mujeres que hablaban mucho de ti y conocen bastantes detalles sobre tu vida, sentí que estaba presenciando un podcast completamente en vivo, esas cuatro personas participaban con tal sintonía que era fascinante sólo presenciar el intercambio de ideas.

*Cartas a Ricardo* vino a mí en el momento indicado, pues estoy comenzando a explorar mi vulnerabilidad y todas estas sensaciones que provoca el estar enamorada, jamás había escrito para otra persona, y menos algo tan cursi como lo puede ser una carta de amor, Rosario, tú escribes con tanta facilidad y soltura que me parece impresionante imaginar cómo tus dedos se movían rápidamente por esa máquina de

escribir. Sobre todo, quiero decirte algunas cosas, que me parecen muy puntuales. Rosario, gracias por poner en palabras muchos de mis sentires, muchas veces sentimos, como mujeres, que nadie nos entiende, que a nadie le interesa leer-nos o escucharnos y he aprendido que eso es una total mentira, nosotras somos escuchadas y leídas por otras mujeres, personas como tú, que escriben con mucho amor esperando ser leídas por quien no deja de dar vueltas en nuestra mente y lo único que queremos es expresar todo ese amor que sentimos, seamos comprendidas y sobre todo valoradas por ello, gritarlo al mundo y que en respuesta celebren todo ese sentir. Rosario, también me has dado el valor a mí de escribir, no me animaba a hacerlo y pienso que las oportunidades se presentan por algo, hay mucho que quiero decirte porque me identifico contigo, y sé que hay muchas etapas, por las cuales yo aún no he pasado, que son importantes para toda mujer y que seguro me ayudarás a sobrellevar y entender, pues tú también tuviste mi edad y existen vivencias que si bien no son obligatorias son muy comunes, he de decir que no puedo esperar a experimentar todo eso de la mano de tus libros, me gustaría llegar a ser tan madura y sabia como tú a los 30, o a los 40, me parece fascinante lo mucho que te admiro.

Rosario, también te quisiera pedir que te abstengas de llamarte monstruo a ti misma, porque no lo eres, no te sientas así, eres amada, y mucho, hoy tienes miles de fanáticos, pero también existe amor para ti de parte de Lolita, de las personas que te rodean, y sé que es muy fácil decirlo pero te aseguro que ni siquiera en lo más profundo de ti eres un

monstruo, sin importar el físico, reconozcamos que lo que vale más es la identidad y sobre todo la autenticidad, todo lo que escribes es muy auténtico, la forma en la que no te gusta tu letra y prefieres escribir a máquina es muy tuya, a pesar de que otras personas te observen escribir, no es relevante para ti y eso me parece muy admirable, el escribir es algo muy personal, nos hace nosotras, es un momento de intimidad donde nos encontramos con nuestros pensamientos, nuestros deseos más profundos y miedos más atroces, gracias por mostrarle al mundo tu escritura tan peculiar, colmada de un pensamiento único, en especial de esa autenticidad que te caracteriza, pues no te callas al momento de ser honesta, con la sociedad, con tu pareja, contigo misma. Mereces ser feliz, mereces el reconocimiento y el amor que tanto anhelas en tus cartas, en tus ensayos, sé que sientes y piensas que no, pero todos, todas y todes merecemos sentirnos amados.

Además de eso, todas merecemos sentirnos mujeres, reconocer nuestra femineidad y todas las experiencias que esto conlleva, ser valientes y contar nuestro día a día, las reflexiones que tenemos, sentir que nos perdimos de algunas cosas, que se supone deberíamos saber hacer y decir como mujeres, incluso cosas que no deberíamos hacer, creo que tus constantes preguntas y frases que invitan a cuestionarnos sobre estos temas que nos conciernen como mujeres modernas o no tan modernas es lo que hace de tu escritura una verdadera experiencia, cada vez que termino de leerte se vuelve una enseñanza muy grande, y me invita a encontrar en mí lo que relatas, a cuestionar en mí lo que tú cuestionas y reconocer en mí lo que tú reconoces.

Conocer esta parte de ti me hace sentir afortunada, te juro que me siento enamorada, enamorada de tus letras, de tus cartas, cada uno de tus poemas y ensayos, estoy enamorada del amor que expresas y de la ternura que llega a mi corazón cada vez que te leo, qué increíble y qué locura haber coincidido con tus cartas, que aunque claramente no estaban destinadas a mí, se sienten como un apapacho en el alma, pues escribir cartas es algo muy lindo, y leerlas es aún mejor, revivir un momento que se queda congelado en el tiempo a través de algo tan frágil como un papel me parece verdaderamente una maravilla.

Bueno Rosario, te dejo, espero puedas leerme, no conozco tu dirección actual pero espero que la recibas hasta donde estés y con mucho gusto la leas. Y aunque no me conoces, espero puedas sentir un poco del amor que envío hacia ti.

*Marey Alejandra Huerta Valencia*

**Marey Alejandra Huerta Valencia** (CDMX, 2003) es estudiante de la FFyL de la UNAM. Se declara fascinada por la obra de Rosario Castellanos y por la actividad literaria.

## Carta por papalote

Querida Rosario,

Hoy amaneció lluvioso. Aquí siempre cae agua del cielo, por más que uno pida lo contrario y rece para que el sol salga un rato. Pronto me iré a la universidad, esperando llegar a tiempo a la Biblioteca Central y quedarme un rato leyendo. Siempre estoy buscando bibliotecas para explorar y, si tengo suficiente tiempo, me aprendo dónde están mis libros favoritos. Antes no sabía cómo se clasificaban los libros en una biblioteca, y me parecía una increíble coincidencia que mis autores favoritos estuvieran uno tan cerca del otro, hasta que una bibliotecaria tuvo el noble gesto de instruirme. En la Biblioteca Central, los libros que más me gustan están clasificados con las letras PQ; sé con certeza que en esa clasificación de dos letras siempre puedo encontrarte.

¿Qué estarás haciendo ahora? Para empezar, ¿dónde estarás? No puedo responder esas preguntas, pero puedo imaginarte tranquila, leyendo. No hace mucho te invocaba para que vinieras a ejercer de musa. No hace mucho te recordaba pacientemente mientras visitaba la Facultad de Filosofía y Letras. Todo ha pasado relativamente en tan poco tiempo, en brevísimos instantes, y tú sigues presente aquí, junto con tus libros. Sabes bien lo difícil que me resulta retener todos los recuerdos que me da la vida sin estrujarlos, acomodándolos a la deriva en mi memoria para que después tenga que distinguirlos y reacomodarlos en un lugar donde nada es lo que parece, donde la realidad supera cualquier ley natural y lo abstracto converge con la lógica. Te escribo lo anterior no

con afán de culparte por lo que voy a decir a continuación, todo lo contrario, porque no sabes lo beneficiosa que ha sido tu pluma en mí, a pesar de que contribuyas a mi mal de mezclar la realidad, los sueños y mis lecturas.

A lo lejos veo el camino a Comitán, donde no transita nadie. Siento el sudor en mi piel y la ropa pesada por las condiciones climáticas de esta cuna sureña. Aparecen dos indios con la cabeza agachada, que pasan de largo, ignorándome. Tu nana aparece y tú vas agarrada de su mano. Eres pequeña, pero tienes unos ojos grandes y oscuros que me miran fijamente. Yo conozco a esa niña; sé su historia, el peso que carga sobre su espalda, sé del hermano muerto y de la falta de varón en la familia. Quiero profesar desde mi oráculo personal que ha sido corrompido por el futuro del que provengo, quiero hablarle a la niña y darle un abrazo. De repente me doy cuenta de que lo que yo entiendo como mi realidad ya está mezclado de una forma tan magistral que empiezo a confundirme. Despierto, o quizás nunca lo hago. El recuerdo ya no es fiable; mi memoria puede llegar a ser tan mentirosa como la literatura misma.

Rosario, qué bueno que naciste mujer. Pienso que en este mundo no hay nada mejor que la experiencia femenina, y me agrada compartirla contigo. Poco se habla de que te necesitábamos aquí para examinarlo todo, para encontrar las heridas abiertas que se mostraban al desnudo sin que nadie se incomodara, para experimentar el peligro del silencio y la soledad compartida. Qué bueno que, a pesar de las dificultades, hayas podido ser mujer. Y gracias, porque sembraste en un campo fértil las semillas que hoy han germinado, para

que ser mujer sea cada vez menos complicado y más satisfactorio. Gracias, porque hoy hago lo que hago por mí y por nadie más. No has dejado de resonar en las luchas que día con día se llevan a cabo. Tal vez no lo creas, pero hoy tu voz de mujer siempre es escuchada y tomada en cuenta. Qué grandes regalos nos dejaste entre palabras escritas a través de tu literatura, con el imaginario de las ciudades reales, los indios y los álbumes familiares.

Rosario, ¿será que me conoces y recibes mis cartas con gusto? ¿Vienes a mí cuando te invoco como musa? Sería muy penoso para mí saber que no me has acompañado en ningún momento, porque supondría que mi corazón me ha jugado mal, pues siempre te he sentido cerca. Verás, siempre he pensado que la musa, antes de ser la inspiración, debe ser artista. Por eso te creo la musa ideal.

No te he contado exactamente cómo es todo en este tiempo; supongo que esa historia es muy larga y difícil de creer. Un día te contaré todo. En la ciudad, cada vez se acerca más el tiempo de los papalotes; los vientos llegarán junto con el otoño y nos sacudirán más de una vez. Las noches serán cada vez más frías y las fantasías y los horrores se harán más tangibles según avance el tiempo. Por ahí saldrá algún Dzulúm buscando presa.

Te voy a enviar mi carta en un papalote. Voy a armar un esqueleto de madera y luego lo forraré con papel azul brillante, para que se confunda con el cielo. Una vez listo, pondré mi carta en él y lo amarraré con hilo. Cuando lo eleve al aire y llegue lo más alto, cortaré el hilo para que se lo lleve el viento. Tú dices conocer muy bien el viento; lo conociste

con Mario y, tal vez no lo recuerdes porque eras muy chica, pero llegaste con tu nana a contarle muy feliz que ese día habías conocido el viento. Ella te dijo que era bueno que lo conocieras porque era uno de los nueve guardianes de tu pueblo. Ya ves, a veces sí recuerdo las cosas con lujo de detalle. Después de todo, no soy tan olvidadiza.

Deseo profundamente que estés bien y que estés cobijada por una madre cariñosa y tierna que ya te esperaba al final del camino. No espero una respuesta tuya plasmada en un papel; espero una suave brisa de viento cuando llegue a la Biblioteca Central y quizás dos o tres hojas de árbol cayendo frente a mí. No sé si hay un cielo donde lleguen las almas bondadosas, un Hades donde tengas que pagar a un barquero para cruzar o un Xibalbá con cuatro caminos, y no sé si estás en alguno de éstos. Quizás te encuentres en otro lugar, uno etéreo y místico, donde eres niña y juegas con Mario en un prado verde y abundante de flores donde vuelan los papalotes y te envuelve el viento. Para esto sí te pido una respuesta escrita: cuando puedas, dime el nombre de ese lugar y envíamelo como prefieras. Espero que nos encontremos allí.

*Jesica Martínez Torres*

**Jesica Martínez Torres** (CDMX, 2006) escribió sus primeros cuentos a los 12 años. Ha obtenido menciones honoríficas en convocatorias como la del Centro Ricardo Salinas Pliego. Estudia relaciones internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

## Una hoguera poderosa y clara

Carta a Rosario Castellanos

La primera vez que leí tus versos fue por obligación. Tengo que empezar por sincerarme, es la única manera que se me ocurre de acercarme a ti. Recuerdo a mi maestra de la prepa con su voz dulzona y su bilé color palo de rosa diciendo “poesía no eres tú”, ni yo, ni nadie, ni *blablabla* y luego voltear a ver el cielo tras los cristales del salón para entregarme a la disección de mis propias tristezas. Ya pasaron algunos años y el eco de esos versos no se fue, inesperadamente se quedó en mi memoria y sigue reverberando en todas las preguntas que florecieron en mí cuando empecé a leerte, ya no por aprobar una materia, sino porque alguien del salón dijo que tú eras precursora del feminismo latinoamericano y algo en mi cabeza hizo *crick*.

Yo estaba descubriéndome como mujer en este mundo desequilibrado, no tenía más que un rompecabezas infinito frente a mí y buscaba entre sus piezas amontonadas alguna que sirviera para empezar a construirme, entonces tu palabra se volvió una barca luminosa en mi silencio (ese silencio de lo femenino que todavía se esconde en el clóset).

Ojalá pudieras contestarme a qué te referías cuando hablabas del comienzo de la humanidad, del diálogo y de la poesía, pero te has ido ya, y no me queda otro remedio que buscar una respuesta propia. Como tú, y quizá como todas, yo cargo en mi genética la angustia de todas las mujeres que alguna vez llevaron mi apellido. Para mí, la humanidad comienza en los ojos de mi madre, en la voz de mi abuela, en

la risa de todas mis amigas: Olivia, Ángeles, Violeta, Susana, Julieta, Dominika. Todas existimos en alguna medida a través de tu pluma, de tu verso, de los guijarros que arrojaste al techo de cristal hasta agrietarlo. Gracias a ti entendí que los ojos del “otro” no validan nuestra presencia en este mundo, que si se da la vuelta seguimos existiendo: la palabra también nos pertenece, somos “lo que la tierra echa a volar en pájaros”.<sup>1</sup>

Si repasó tus preocupaciones políticas y sociales, vuelvo a maravillarme. A ti te indignaba la falta de autoridad intelectual que tenían las mujeres; la desigualdad entre el salario del hombre y la mujer; la invisibilidad del valor generado por el trabajo doméstico asignado a la mujer; el abandono de los más débiles; fuiste de las primeras en hablar de sexismo (hoy todas usamos esa palabra casi con ligereza, pero bien mirado, es un término con muchísima hondura). Qué obvias parecen esas reflexiones en nuestro presente, pero fuiste tú quien las puso sobre la mesa para abrir la discusión; tú, que tuviste *El segundo sexo* como libro de cabecera y que hiciste de Simone de Beauvoir un estandarte íntimo; tú, que tejiste con paciencia de diosa desterrada ese legado para todas nosotras: “una sola sangre en varios cuerpos, como un vino vertido en muchas copas”.<sup>2</sup>

Es evidente que tu sensibilidad era superior. Quizá tu historia personal te enseñó a leer entre líneas el dolor huma-

<sup>1</sup> Del poema “En el filo del gozo”, en *Rosario Castellanos*, Material de lectura, serie Poesía moderna, núm. 53, selecc. y notas de Pablo Mora y Pedro Serrano, México, UNAM-CDC, 2009, p. 7.

<sup>2</sup> *Ibid.*, poema “Destino”, p. 10.

no. Tal vez la pérdida de tu hermano cuando sólo tenía siete años (y toda la culpa que esa desgracia te generó), o la realidad indígena que te mostró tu nana Rufina, o la partida de tus padres cuando aún eras muy joven, imagino que todo eso te obligó a navegar dentro de ti más profundamente de lo que hubieras deseado.

Me pregunto cómo serías si hubieras nacido en este siglo. Seguro nos habríamos encontrado en los pasillos de Filosofía y Letras, y seguro yo habría querido ser tu amiga. ¿Cómo sería tu escritura hoy? ¿Cuáles serían tus caminos? Hace días leí en internet una noticia espeluznante, no voy a hablar de ella a detalle porque no viene al caso, sólo te contaré los puntos relevantes: en Francia, un hombre de 72 años llamado Dominique Pélicot fue acusado ante la policía por tres chicas de haberles tomado fotos debajo de la falda. Los agentes incautaron su celular y su laptop y encontraron miles de videos y fotos de mujeres desnudas, pero el descubrimiento más insólito fueron los videos sexuales de Gisèle Pélicot, su esposa desde hacía 50 años, a quien sedaba por las noches para ofrecer sexo con ella a hombres que encontraba en una aplicación de citas. Gisèle Pélicot no tenía idea de lo que su marido llevaba haciendo con ella por más de una década. Ella y Dominique se conocieron a los 19 años de edad y se casaron casi de inmediato, tenían tres hijos y siete nietos. En los videos también aparecía la hija del matrimonio y sus dos nueras. Dominique Pélicot fue descrito como un enigma psiquiátrico y actualmente está siendo procesado por varios delitos; de los más de 70 hombres reconocidos en los videos, unos 50 ya habían sido acusados de violación, sus edades

iban de los 21 a los 74 años y eran padres de familia, trabajadores, bomberos, soldados, técnicos, “gente muy normal”. Gisèle Pélicot tuvo la opción de llevar el juicio a puerta cerrada para evitar la exposición tanto de ella como de los suyos, sin embargo, decidió que toda Francia y el mundo conocieran esta historia para que la vergüenza recayera en los acusados y no en ella. Fue así como nació su lema *La vergüenza debe cambiar de bando*. “Una mujer camina por un camino estéril/ rumbo al más desolado y tremendo crepúsculo. Una mujer se queda tirada como piedra/ en medio de un desierto/ o se apaga o se enfría como un remoto fuego”.<sup>3</sup> Lo primero que pensé después de enterarme de todo esto, es que gracias a los seres como tú, Rosario, Gisèle Pélicot puede dar esa brutal batalla con la frente en alto. Porque es muy cierto, la vergüenza y el miedo y el sometimiento deben pasarse al bando que les corresponda, y obviamente no es el nuestro. Éstos son los frutos más tangibles que el feminismo ha cosechado frente a la insensibilidad del patriarcado.

Que pena que no estés aquí para poder hablar de todo esto. Las jóvenes te necesitamos. Ojalá te hubieras quedado con nosotras muchos años más. Pienso en esa tarde funesta en Tel Aviv, y en las mesitas metálicas que habías mandado traer de Siria, y en tus pies descalzos y tu cuerpo sudado por esos tórridos calores de la estación, y la lámpara con el cable pelado que conectaste al tomacorriente, y en las cuatro jóvenes soldados que al día siguiente cargaron tu ataúd envuelto en la bandera para entregarlo al avión de la Fuerza Aérea Mexi-

<sup>3</sup> *Idem*.

cana. Pienso también en el aguacero que cayó durante tu velorio y creo que no podía ser de otra forma, el universo estaba abriendo sus brazos para acoger la grandeza de tu espíritu.

Mi gratitud por habernos escuchado incluso antes de nacer, por ayudarnos a encontrar nuestra voz en el silencio y mantenernos unidas por el hilo de tus palabras. Nos has dado el valor para gritar, frente a los otros y por el simple y hermoso acto de existir en sororidad. Porque si la mujer florece, el mundo gana.

Una más de tus engendras

*Anik Nagel*

**Anik Nagel** (CDMX, 2001) estudia letras modernas inglesas en la FFyL de la UNAM, y prepara la tesina: *La narrativización del espacio como prelude de la represión femenina en Rosemary's Baby*. Es traductora de inglés e italiano. En 2024 publicó su primer artículo, "Normal people y la violencia en pantalla", en *Biblioteca de México: de Ciudadela a Vasconcelos*.

## Suyo por siempre...

Ciudad de México, a 17 de septiembre de 2024

A Rosario Castellanos *in memoriam*:

Vaya tropelía esa de morirse, doña Rosario. En cierta medida, la imaginé como una Dido, inmortal por su dolor. Su infamia es tan grande como la mía al llamarle “doña Rosario”. Sepa que es de cariño, porque faltarle al respeto, nunca, mucho menos ahora que usted anda existiendo a deshora entre los espíritus perennes. Para saldarnos, permítame contarle un recuerdo; es breve:

Ocurrió en primer grado de primaria. La profesora (cuyo nombre omito gracias al olvido y a la indiferencia) solía provocar tormento con curiosa facilidad, y su coraje se detonaba por las acciones más insignificantes. No quiero evocar una enumeración, sino subrayar un hecho que le provocaba especial furia: los tachones o las marcas de desgaste en el papel. Niños al fin, sus alumnos erraban en el arte de trazar con lápiz sobre las hojas cuadrículadas, y, a causa de la premura de escribir la palabra correcta, borraban con excesivo ahínco provocando lesiones en el papel. Las exclamaciones de la profesora eran estruendosas y solía recalcar que, aun usando lápiz, debíamos evitar los errores, además de mantener la pulcritud en el papel. ¿Qué pasaría cuando utilizáramos pluma en tercer grado? “Aprendan a usar paréntesis –decía–. Así ya saben que no cuenta lo de adentro.”

Yo me río, estimada Castellanos (observe el cambio de apelativo), mientras evoco mis esfuerzos por evitar la indicación. En ese entonces ya latía en mí la pasión por la lite-

ratura, y había visto los interesantes usos del paréntesis en algunos libros. ¿No contaban los paréntesis? Todo lo contrario, pensaba en mi cerebro de actividad incipiente: los paréntesis explican. Con tímida rebelión, borraba los gazapos en silencio, con el fin de no denigrar el par de bellos signos explicativos. Cuán cruel es el destino, pues la profesora notó mi desobediencia, y me exhibió frente a todos, causando risas nerviosas que jamás olvidaré.

Usted sabe a dónde voy. Evoco el “Monólogo en la celda”, los “Apuntes para una declaración de fe” y muchos fragmentos de *Mujer que sabe latín*. . . Cuán grácil es el uso del paréntesis en sus creaciones. Se entierran en el texto con fuerza hercúlea, pero añaden palabras como una danza de ninfas seductoras. No sé si me estoy sobrepasando, Castellanos. Avíseme si mis frases se tornan demasiado atrevidas, acaso seductoras. No puedo más que rendirme ante el dulce caminar de su fraseo.

Sus paréntesis son pocos, pero son. . . En los poemas, sintetizan argumentos, clavan ideas sorprendidas, dudan con rigor existencial: “Pero alguien (ya no acierto/ con la estructura inmensa de su nombre)”. En tanto que en los ensayos se mueven como serpientes irónicas para maximizar la solidez de la argumentación. No he de insultarla con un mar de citas (las cuales de por sí se pierden en mi memoria), mas piense usted en “La mujer y su imagen”:

Por medio de una mordacidad inteligente, usted busca deconstruir las ideas machistas de la sociedad mexicana. Para su objetivo, emplea referencias mitológicas y culturales. El macho es un Pígalión invertido, pues pretende convertir en estatuas los cuerpos vivos de sus esposas; los sacrificios constantes del ama de casa (o hada del hogar) semejan el acto

definitivo de Ifigenia; y las cabecitas blancas, loadas en nuestra cultura, son la penitencia del pecado femenino original.

Los paréntesis se integran como un cuestionamiento directo; representan el hartazgo y la ironía con los cuales se perciben los malditos dogmas moralistas, inservibles en una sociedad tan salvaje como la nuestra. En contraste, sus acotaciones cuestionan las ideas socarronamente; contraargumentan para después emprender exhortaciones con el fin de erradicarlas. “¿Quién será ese ilustre señor?”, pregunta usted entre paréntesis al explicar los descubrimientos machistas de un supuesto antropólogo. No sé si sea rebajar su inteligencia el afirmar que usted interrumpe con esa minucia el discurso oficial del machismo y lo discute como un asistente inconforme en una asamblea.

Acaso me desvíó: mi intención no era el hartazgo que seguro ya siente. Todos se cansan ante el transitar de mis palabras, eso ya lo sé. Déjeme corregir: sus paréntesis son un sesgo erótico de la escritura; son conocimiento tan discreto como mordaz; son una caricia en mi médula, pues avivan cierto placer clandestino de mi infancia. Supongamos que las palabras entre paréntesis no existieran; que se deslizaran como un par de ojos enamorados mirándose entre la multitud (en secreto), sin afán de lastimar, pero reduciéndose mutuamente a voz, a piel, a superficie entregada.

No me haga caso, Castellanos. Sólo desvarío por la falta de pericia de mi pluma. No es la suya, claro. Escribo, incluso, en fiebre delirante, porque, contrario a sus pensamientos, me siento hoy precisamente poseedor de las tinieblas. ¿Por qué morirse, Castellanos? ¿No dijo que mi cuerpo estaba erigido entre usted y la muerte? ¿Por qué no resbaló la muerte

en espuma deshecha y humillada? Yo sí temblé entre los brazos de sus versos, Castellanos. Qué infamia esa de morir, cuando yo aún no gateaba en este mundo.

Sin embargo, entiendo. Mi mano late casi con sangre mientras escribo estos renglones mal formados. Para qué los nombres de los dioses, astros, espumas... si la vida nos duele de cualquier manera. Anticipo el fluir de mi sangre; el arrebujado de las venas de mi cerebro... Pues entiendo perfectamente esa muerte suya; yo sí percibo la verdad de sus versos, y el instante prometido no es más que la espera de una tórtola que deviene en fiera expectación de galgos. Ese instante, tejido por la locura en un rincón que se parece al sueño, no ha de durar más de lo indicado. Entiendo, por supuesto (¿Quién me ha enredado aquí? ¿Dónde se fueron todos? ¿Por qué no viene alguno a rescatarme?), que, cuando su cuerpo y el mío (o nuestras almas, qué más da) encuentren el abrazo de la muerte compartida, este disparo de emociones no será más que un breve paréntesis previo al texto de nuestra eternidad.

Suyo por siempre

*Ángel Alejandro Porras Ortega*

**Ángel Alejandro Porras Ortega** (CDMX, 1995) es maestro en literatura mexicana contemporánea por la UAM-Azcapotzalco y cursa el doctorado en letras mexicanas en la UNAM. Ganó los premios Concurso Universitario de Cuento Letras Muertas (2012), y Juegos Florales Ramón López Velarde (2022). Su cuento "Pupa" aparece en la antología *Raíces a una voz* (2023). Colabora en revistas digitales.

## La falacia del amor

Querida Rosario, no hace mucho tiempo te conocí y tu historia me marcó. El poliedro rico y complejo de tu vida me asombra por tu capacidad para dedicarte al estudio con una tesis de enorme rigor y originalidad sobre cultura y feminismo; también por tu vida inmersa en el periodismo crítico, reflexivo y de gran actualidad. Y por si no fuera suficiente, una vida que se inmiscuye en la política, en la gestión de derechos y cultura, anticipándote a muchas de las conquistas que hoy gozamos las mujeres, y antaño no podían vislumbrar. En tus ideas y tus textos ya se prefiguran exigencias que en algunos casos se han cumplido y en otros se discuten.

Tu obra narrativa (*Balún Canán*, por ejemplo) y tu vocación de poeta (*Poesía no eres tú*) cargadas de tus orígenes, de tus raíces, son muy importantes y señeras; me han mostrado un mundo que desconocía y que hoy agradezco compartir y conocer.

Pero, sin duda, la obra que más impacto tuvo sobre mí no fue aquella que te trajo la mayor gloria y prestigio, el reconocimiento definitivo a tu quehacer como escritora. No, esa obra tan rica y reconocida no fue la que más me marcó, sino la intimidad de tus *Cartas a Ricardo*, porque en esas intensas declaraciones de amor y de vida, tan honestas y profundas, se puede observar el desarrollo de una visión del mundo no sólo sentimental, sino filosófica, social y cargada de profundo sentido, escritas por quien es capaz de transformarse a sí misma en ese espejo doloroso y creador que es la escritura.

En el presente que hoy vivo y en el presente que leo una obra tan viva y profunda, nos seguimos preguntando sobre el sentido y hondura de nuestros sentimientos, quién los recibe, cómo nos devuelve lo entregado, y de nuestras capacidades para administrar y digerir la violencia, el desengaño, el desencuentro.

¿Quién no ha amado tan intensamente que es capaz de renunciar a todo, inclusive si eso representa olvidarse de su valor como persona, por el ser amado, aún sin siquiera recibir la mínima parte de lo que se entrega? Eso está en tus cartas, con esa advertencia que los movimientos de mujeres han denunciado como la expresión del amor romántico que nos demanda la total sumisión, que de no cumplirla nos amenaza con el abandono y la soledad.

Identificarse contigo en las cartas es fácil, pero desearía no identificarme con esa mujer vulnerable que está presente en cada uno de los escritos que dedicaste a Ricardo, el hombre que si bien te brindó felicidad en la vida y te hizo conocer el amor en todo su esplendor y facetas, también hizo, indirectamente, que te perdieras en el proceso de amarlo. Decidiste, por el falso nombre del amor, borrar tu esencia y vivir opacada por alguien a quien le molestaba el brillo que irradiabas, brillo que en los ojos correctos sería una obra de inspiración y no una molestia.

¿Qué tan paradójico resulta que una figura pionera del movimiento feminista en México haya aceptado el trato que recibiste de Guerra? No te culpo ni te recrimino. No está sujeta a juicio una entrega tan absoluta y sincera, lo que abrumba es ese modo de vivir el amor, es un paisaje lleno de

machismo, de subordinación y violencia que dominaba la vida de tu tiempo, para hombres y mujeres.

Claro que no deja de sorprender que una mujer como tú, solidaria, comprometida, entregada, haya dado todo de modo incondicional. Así funciona el amor y lo has señalado en tu poesía y narrativa. Un amor que nos ciega y enferma, que hace de la sumisión una fatalidad crónica. Idealizamos, nos has mostrado con enorme valentía que el amor que hemos construido alrededor de una relación vive sólo en nuestro imaginario.

A través de tus cartas logro ver con claridad, como del lado de tu interlocutor, Ricardo, no es el amor lo que mantiene la unión, es el sentimiento de superioridad que crece en él mientras le ruegas por su amor. La sensación de poder que nos dejas ver en él, porque con una simple palabra adversa el día puede volverse el más gris de nuestra vida, culpándonos a nosotras mismas por el maltrato que recibimos.

Creo que la razón principal por la cual *Cartas a Ricardo*<sup>1</sup> (Castellanos, 1994) impactó tanto en mi vida fue el saber que aquello que leía no era una ficción, que las más de cien cartas escritas entre 1950 y 1967 eran un reflejo de tu sentir y vivir durante tantos años, pensar en el tiempo que te llevó encontrar el amor, reconocerlo, aceptarlo, vivirlo y terminarlo me hace reflexionar en lo difícil que es dejar ir a quien se ama aún cuando nos envenena.

*Cartas a Ricardo* no sólo me marca por reconocerme en ti, sino porque aspiro a salir de ese círculo vicioso como lo

<sup>1</sup> Rosario Castellanos, *Cartas a Ricardo*, México, Conaculta, 1994.

hiciste tú. Dejar de sentir que doy pasos en falso para sentirme la persona más pequeña del mundo y lograr cerrar el ciclo que terminaste y documentaste como si fuera una guía para que las próximas generaciones no mueran de amor y reconozcan que el primer amor, el amor propio, debe protegernos de las relaciones abusivas.

Tuviste que pasar por el rigor de múltiples estaciones de la primavera al invierno, para florecer y liberarte de una falsa felicidad, para concebirte como una prioridad. Fuiste muy valiente cuando descubriste la mujer tan valiosa y fuerte que eras.

Si bien las cartas eran una gran parte de tu intimidad es tranquilizador saber que alguien más siente lo que expresaste en ellas, porque ¿qué otro libro para hablar de madurez en el amor que la historia real de una mujer llamada Rosario Castellanos que, siendo pionera en el feminismo mexicano, se sublevó por alguien en nombre del amor, para entender después de muchos años que eso no era amor?

Desearía que tu final hubiera sido diferente, que la vida te hubiera brindado la oportunidad de aprovechar y recuperar los años vividos como tanto anhelaste y dejar un legado que para las generaciones se convertiría en una obra de enseñanza que tiene el poder de demostrar que el amor no debe doler, no hace sufrir, no crea inseguridades y mucho menos es una guerra a ver quién puede soportar más.

Con esta carta te agradezco por esa vida sin atavismos, sincera y valiente y sobre todo por escribir todas las cartas que ahora leo, gracias por deshacerte del pudor que invisibiliza el dolor propio, por mostrar que la vida puede

rehacerse de muchas maneras. Muchas personas te admiramos y te dedicamos unas líneas, un pensamiento para que sigas viviendo entre nosotros una larga vida fecunda y ejemplar.

*Alexandra Joselyn Reyes Pacheco*

**Alexandra Joselyn Reyes Pacheco** (CDMX, 2003) cursa la licenciatura en comunicación y periodismo en la FES Aragón. Escribe artículos, reportajes, entrevistas, crónicas y ensayos. Ha participado en la edición de libros y revistas, y en la producción de noticieros y cortometrajes. Su cuento “Escuchemos al futuro” aparece en la antología de Time Life (2010).

## De tu mirada como símbolo

CDMX, México a 17 de septiembre de 2024

Muy estimada Rosario Castellanos:

Te escribo hoy, desde la orilla de mis pensamientos, con el anhelo de transmitirte el profundo impacto que has tenido en mi vida. Aunque el tiempo y la distancia nos separan, tus palabras siempre han sido un faro en medio de mi existencia, iluminando las sombras y guiándome a través de la oscuridad.

Tus versos, como aquel que recuerda que “para el amor no hay cielo, amor, sólo este día”, me han enseñado que el presente es donde reside lo más auténtico de nuestras vidas. Es en el aquí y el ahora donde debemos amar y ser.

¿Sabes? Desde pequeño me he preguntado si mi corazón y cuerpo están condenados a una eterna frialdad, que lo único genuino sea mi soledad y sólo el tacto del sol acaricie la carencia de amor y he llorado al habitar este cuerpo desahuciado, [...] pensando que no tengo identidad para ser.

Mi existencia que se gesta en el seno de tierra chiapaneca, y se atraviesa no sólo de racialización sino de ser parte de la diversidad sexogenérica, ha sido una travesía de desafíos profundos. Puesto que, al llegar a la Ciudad de México para continuar mis estudios, viví en carne propia la violencia de género perpetrada por un hombre, mismo que en él tenía como símbolos el cis-heteropatriarcado. La distancia cultural y el prejuicio racial me hicieron sentir un extraño en mi propia tierra, mientras que mi identidad sexogenérica intensificaba el ciclo de violencia, de exclusión... En tu imagen de la paloma con las alas cortadas hallé un reflejo de mi propia experiencia de desarraigo y lucha.

Puesto que me encontraba de pronto con las manos vacías, con el corazón vacío, con la memoria como una ventana hacia la oscuridad, preguntándome: ¿qué hice?, ¿qué fui?, ¿en dónde estuve? Sombra perdida entre las sombras ¿cómo recuperarme y rehacer la vida?, sentí que aquel varón sólo reafirmó aquello que ya pensaba [...], no nací para ser.

Sin embargo, en tus palabras acuné un espacio para reconciliarme con mi identidad. Tu poesía, con su belleza cruda, reflejó mi propia lucha interna. En la serenidad de tus versos hallé un lugar donde mi corazón pudo encontrar paz y sanación, recordándome que, aunque a veces nos encontramos mutilados por estructuras opresivas, seguimos volando.

La frase “Matamos lo que amamos. Lo demás no ha estado vivo nunca” resonó profundamente en mi ser. Aprendí que el verdadero valor se encuentra en lo que amamos, incluso cuando ese amor nos enfrenta a nuestras propias heridas. Tus versos me han recordado que, a pesar de las dificultades, lo que verdaderamente importa es la pasión y el amor con que vivimos.

Además, me has enseñado a vivir con orgullo. A pesar de la violencia de género que he sufrido, tu obra me ha dado la fortaleza para elevarme y no permitir que el dolor y el rechazo definan mi existencia. Alguna vez dijiste: “Nos quitaron tanto y nos dieron la vida”, eso se ha convertido en un mantra de resistencia, recordándome que, aunque hemos enfrentado pérdidas, la vida misma es un regalo que merece ser vivido con dignidad.

Tu observación de que “No es que el poeta busque soledad, es que la encuentra” refleja una verdad que conozco bien.

Mi camino ha sido a menudo uno de aislamiento, pero tus escritos me mostraron que esta soledad puede convertirse en una fuente de fuerza y claridad. A través de tus versos he aprendido a encontrar significado en mis momentos de soledad, y a verlos como oportunidades para crecer y comprenderme mejor.

Tus palabras, “Heme aquí, ya al final, y todavía no sé qué cara le daré a la muerte”, reflejan mi propia incertidumbre sobre el futuro. A través de tu legado, he comprendido que la vida es un viaje lleno de desafíos y belleza, y que, aunque enfrentemos el final con temor, también lo hacemos con una profunda comprensión y amor.

Gracias, Rosario, por compartir tu voz con el mundo. En tus palabras he encontrado un reflejo de mi propia lucha, mi esperanza y un profundo sentido de humanidad. Tu legado ha sido una luz en mi camino, ayudándome a ver la belleza y la dignidad en mi existencia y a reconciliar mi ser en la complejidad de mi identidad; he visto en tu mirada el símbolo para llevar mi vida.

Con gratitud y admiración,

*Luan Daniel Toledo Ruiz*

**Luan Daniel Toledo Ruiz** (CDMX, 2005) estudia en la FFYL de la UNAM. Ha impartido conferencias sobre inclusión en universidades de Chiapas (2016) y Brasil (2022). Colabora en la gaceta del Programa Universitario de Bioética. Fue consejero de la Comisión Interna para la Igualdad de Género en la ENP núm. 7, y en 2021 fue reconocido en Paraguay por su promoción de lenguas y saberes indígenas.

## Carta a Rosario

Ciudad de México, a 13 de septiembre de 2024

Mi estimada Rosario:

Cuando supe que me brindaban la oportunidad de escribirte, no dudé en tomar papel y pluma. En estos momentos mis palabras dimanan, como la cascada de Agua Azul; y su corriente me transporta hasta la cerúlea cuenca, donde te encuentro tan cercana, tan mi amiga.

Todo cuanto has dicho ha resonado perpetuamente en mí, y tu eco se materializa en toda mi cotidianidad. Bien demostrabas que “la intimidad no es vergonzosa ni inexpresable” (como puntualizó Monsiváis), y es esa calidez y sinceridad tuya un factor que me motiva a expresarme libremente en esta carta. Escribir al aire es una cosa, pero escribirte a ti es un evento entrañable.

Empezaré por contarte que intento ser feliz, pero mi felicidad tropieza constantemente con el hecho de no saber cómo... también lloré hoy cuando el arroz se quemó, y lloré el año pasado cuando perdí la boleta de impuesto predial de un cliente. Recurrí al espejo en ambas ocasiones, sabrán las paredes si fue vanidad; lo importante es que en lugar de mi reflejo lacrimoso, hallé tu melancólico retrato. La razón de tu presencia fue evidente: lloré porque tampoco me enseñaron cómo hacer frente a estas nimiedades anodinas.

Tal como dijo Beauvoir: no nacemos siendo mujeres, por ende no contamos intrínsecamente con un manual de respuestas. Al igual que a ti, el llanto me auxilia como mecanismo descompuesto.

¿Recuerdas cómo narrabas ese insípido episodio con la carne quemada? Pareciera que una no es más que un alma perdida, abandonada a su suerte en una cocina cegadora de resplandeciente. A veces, un ente extraño nos coloca enfrente una carne especial para asar y un sartén, exigiendo que, según la obviedad de toda lógica (la cual es inexistente), logremos proezas de platillos para la cena. ¿Será que algún día baje del cielo Sor Juana para auxiliarnos? Si llegase a pasar, no se me ocurre que diga mejor frase que la de “si Aristóteles hubiera guisado, mucho más habría escrito”, y tal vez, sólo tal vez, eso brindaría a cada una de nosotras un poco de sosiego y tesón para cocinar... pero no, debe haber otro modo que no se llame Sor Juana.

Me encuentro de nuevo en la Ciudad de México, ciudad de los palacios que casualmente vio partir a Sor Juana; te vio nacer a ti y después a mí. He de confesarte que sueño por las noches con la selva perenne del sur y me conmueve pensar que alguna vez soñaste con la selva lacandona, en una situación similar a la mía. Qué caprichoso es el destino, ¿verdad? pues nos retorna al punto de partida en ocasiones y nos envía más tarde un *Balún Canán* que nos acecha.

Antes de llegar al punto en que me encuentro, tuve también un percance con la ciencia del derecho, pero acepté a tiempo que ése no era el camino que debía recorrer. A lo largo de dos insulsos años entre toneladas de expedientes, kilómetros de cálculos de impuestos y litros de tinta para sellos notariales, lo entendí. ¿Qué epifanía te reveló la senda que tomaste al final?

Quizás, en un contexto alterno, yo estaría iniciando la carrera de filosofía y letras ahora mismo. Sin embargo, me

decanté por medicina, la cual tiene una diferencia abismal con el área de las humanidades. No por esto dejo de verte entre las hojas de mi diario, cuando hago el recuento del día o cuando pongo a lavar la ropa mientras busco en el celular lecciones de cocina.

Siempre tengo presente la asertividad de tus observaciones, las cuales se me presentan como una nube de profecías que indefectiblemente me hacen pensar en el futuro: si cuando termine la carrera y me case, ¿mi esposo se limitará al clásico agradecimiento ofensivo la noche de bodas?, ¿tendré que adoptar la virtud de la abnegación?, ¿convertirme mágicamente en un hada del hogar a la par que continúo con mi profesión?, o ¿tendré que renunciar a mis aspiraciones para no ser nada más que un espíritu pulcro y esclavizado en la crianza de los hijos? Si algo continúa vigente es la abnegación de la que hablabas, y temo estar condenada a padecer al menos un poco de esta loca virtud, como en el pasado mi abuela y después mi madre.

Si bien es cierto que poco a poco las mujeres de generaciones subsecuentes van siendo liberadas a miligramos de esta carga, la colosal labor aún no termina. Todavía hacen falta nuevos modos por aprender.

Entrando en temas más luminosos y esperanzadores, tengo la sospecha de que mi acceso por la puerta llamada cultura no fue hazaña mía, fue más bien el resultado de la ardua labor de ilustres pensadoras, mujeres indómitas y perspicaces como tú. El hecho de que mi madre tuviera en el librero *Albúm de familia*, no fue para nada una simple coincidencia.

Tuve la fortuna, quizás privilegio (aunque más bien debería ser derecho) de siempre tener al alcance las hazañas de

las contrabandistas; llámese Safo con sus sáficos alegres, Sor Juana con sus asertivos sonetos, Gabriela Mistral con sus versos volcánicos o Virginia Woolf con sus argumentos contra el injusto anonimato. Es entonces cuando puedo añadir a esta carta la parte de mi inmenso agradecimiento hacia ti, y en general hacia todas las contrabandistas que hacen posible el acceso por la puerta de la cultura.

He de admitir que conocerte fue tanto un consuelo como un choque inesperado, mas necesario. Recuerdo muy bien cuando la maestra Maricruz Patiño habló de ti y no pude hacer menos que buscarte en *Balún Canán* y en *Mujer que sabe latín*. Después, tuve la suerte de volver a coincidir contigo cuando vi *Los adioses* en la televisión.

Muchas cosas me resultan borrosas e impredecibles, pero entre el enjambre de mentiras y sombras luminosas está tu voz, diáfana y orfebre. Tu severo susurro recordándome que si la búsqueda de igualdad implica ser como los hombres en un mundo creado por ellos mismos, es una búsqueda estéril y disparatada. Porque debe haber algo más, “otro modo de ser humano y libre”. Mientras tanto, toca morir “poro a poro”, pero con esperanza contra el mortal olvido, y procurando preservar esta voz liberadora.

Muy sinceramente,

*Gloria Andrea Topete del Ángel*

**Gloria Andrea Topete del Ángel** (CDMX, 2004). Compuso su primer poema a los seis años. Ha participado en concursos de poesía y declamación. Estudia médico cirujano en la FES Zaragoza.

## Carta viajera

Querida Rosario:

Pienso en lo que dijiste y estoy de acuerdo contigo, a veces.

Ahora estoy preparando mis cosas porque mañana salimos a la Ciudad de México. Mi papá va por asuntos de trabajo, pero aprovecha para hacer trámites en la universidad y nos gusta acompañarlo. Siempre hacemos el mismo recorrido. Llegamos a la central del norte y bajamos al metro, línea cinco hasta La Raza, después la eternidad de la línea tres, si las contamos, son una, dos, tres, cuatro, cinco, dieciséis estaciones hasta Copilco. Dieciséis estaciones, ni más ni menos, pero no hay que desesperar porque me gusta viajar en metro. Acá en León el recorrido del camión es una extensión de los siglos y me marea y me hace distanciarme de la realidad y “todavía bostezo o me distraigo como ante el espectáculo aburrido”.

En fin, como verás también aquí me distraigo. Te platico mi parte favorita del viaje. Me encanta llegar a la universidad y caminar por esos pasillos repletos de estudiantes y avanzar por cada una de las facultades que pueden contarse como se cuentan las perlas de un rosario. Llegamos a la Facultad de Derecho y esperamos a mi papá mientras hace sus trámites. Una vez que terminamos, caminamos nuevamente hasta llegar a la Facultad de Filosofía y Letras. Es maravilloso, hay puestos con libros, discos viejos, ropa, amuletos para la buena suerte y hasta un puesto de stickers atendido por un gato. Siempre llegamos al puesto de quesadillas que está afuera del auditorio, son una delicia. Dice mi papá que no encuentras

algo mejor en toda Ciudad Universitaria. Nos sentamos sobre una piedra y comemos los tres juntos. Mi mamá siempre me toma fotos con mis quesadillas, sólo espero que nunca las suba a las redes sociales, pero si tú pudieras ver mis fotos en el “álbum de familia”, sin duda estaría yo sobre esta piedra. La he descubierto hasta tomando videos y eso es peligroso porque ya sabes lo que dicen: mujer que sabe tik tok...

Desde estos pasillos hormigueantes puede verse al fondo la Biblioteca Central y una silueta que va y viene detrás de los cristales. Me pregunto si esa silueta corresponde a alguien con un nombre y un sueño específico o si sólo es un recuerdo, “un chisme, una espuma, un olvido”. Me gusta pensar que alguna vez tú estabas detrás de esas ventanas y podías ver el mismo jardín que yo veo y sentir la misma brisa y amar el mismo amor y temer el mismo miedo.

Hay algo que no te he platicado. Hice mi examen de admisión en la UNAM y fui aceptada. Estaba muy nerviosa y ni siquiera quería abrir el correo cuando llegaron los resultados. Temía no ser suficiente y quedar fuera, pero no fue así. Estudié mucho y lo logré, estoy feliz porque ahora soy estudiante de turismo y desarrollo sostenible en la Escuela Nacional de Estudios Superiores en León, Guanajuato. De verdad estoy muy feliz de poder ser parte de la historia de esta universidad y aunque tenía mucho miedo, ahora siento que la UNAM ya hizo su nido en mi corazón. Hace apenas unos días hice mi audición para formar parte del grupo representativo de teatro ¿y qué crees? Me aceptaron y ahora no sé qué voy a hacer con tantas actividades y responsabilidades, pero

estoy muy emocionada. También quisiera entrar al equipo de volleybal pero no sé, tengo que pensarlo bien, ¿tú qué me recomiendas?

Me gustaría que siguieras aquí para que me dieras un consejo, pero luego abro tus libros y me doy cuenta que el consejo ya está ahí, entonces te leo y desmenuzo “la carne viva de tus palabras”. Y ya sé que me lo habías advertido: “cuídate de los altares. Jamás se te ocurra subirte a uno ni como hija modelo, ni como noviecita santa, ni como esposa abnegada ni muchísimo menos como madre mexicana”. No estoy segura, pero creo que mi papá me está haciendo un altar en la sala. El otro día escuché ruidos de serruchos y martillos a las tres de la mañana y cuando me asomé encontré a mi papá preparándose una avena, pero ese cuento no me lo trago, sólo espero que el altar no sea muy alto porque desde bebé me dijeron que tenía tobillos de cristal y no vaya a ser que se me rompan.

Pero bueno, te platico que cuando regresemos a casa, iré a comprar mis libretas y mis útiles, no me lo vas a creer, pero es el día que más me gusta, el más esperado del año. Vamos los tres juntos pero la realidad es que prefiero ir sola con mi mamá porque papá siempre está hablando de la “economía doméstica” y le busca el precio a cada lápiz. Dice mi papá que ya es tiempo de que conozca cómo es la vida, dice que siempre he estado en una burbuja, pero ahora hay que salir. Dice que tengo que cuidarme de los autos y los taxistas y los camiones y los policías. Ahora tengo miedo hasta de caminar en esta “ciudad real” y me doy cuenta que todos los lugares que conozco los conozco por el miedo

que siento al recorrerlos. Mercado de poco miedo, callejón de mucho miedo, plaza de dos miedos, vida de miedo y medio.

Con todo y ese miedo que me da el mundo encuentro mucha paz en la universidad. Me siento en los jardines y respiro todo el verde que puedo. Hay muchos perritos y ya todos son mis amigos. El primer día que los vi estaban tristes. Había uno muy gordo y muy quieto, parecía que no respiraba, pero me acerqué a acariciarlo “y toqué con mis manos una criatura viva”.

Me encantan los árboles, hay sauces, fresnos, jacarandas y otras especies que apenas estoy reconociendo. Aquí en estos jardines, en las calzadas alargadas de estos sauces me acuerdo de ti y de tus palabras y me doy cuenta que mis pensamientos fueron pensados por ti y mis palabras ya fueron dichas con tu voz y prefiero guardar silencio y de nuevo te descubro, porque “el silencio no es un vacío para ser llenado, sino un espacio para ser respetado”.

Mi lugar favorito es bajo un sauce, “aquí bajo esta rama puedes hablar de amor” y eso me hace sentir bien y parece que me crecen tres pulmones para respirar y aquí se alarga el tiempo y la belleza y puedo ver “los pájaros llamándose de una enramada a otra” y creo que esto es la vida y esto es el amor, contemplar la felicidad de otros y sentir que es también la propia felicidad, y entonces creo que puedo ser lo que yo quiera y escribir con hojas y raíces mis canciones porque “en los labios del viento he de llamarme árbol de muchos pájaros”. Hoy creo en el amor y en la infinita claridad de los ríos, pero creo más en ti, porque en el ritmo de tus sílabas y

tus silencios descansa mi fe “porque si tú me dices llueve para mí está lloviendo”.

Te gustará saber que he seguido tus recomendaciones y “el secreto del orden: tener un sitio para cada cosa y tener cada cosa en su sitio. Así arreglé mi casa. Un apartado para las novelas, otro para el ensayo y la poesía en todo lo demás”. Y ahora estoy escribiendo algunas cosas y no sé cómo llamarlas, pero al escribir me siento acompañada. No estoy segura de saber qué es la poesía, ni el amor, ni la vida. Pero si de algo estoy segura es de que estoy de acuerdo contigo en lo que alguna vez dijiste: “es necesario, a veces, encontrar compañía”.

Te quiere:

*María Fernanda Torres Reyes*

P.D. Gracias por trazar este camino donde la piedra ya no es dura sino suave transparencia y estos no son adioses sino silencios donde escribimos nuestra poesía.

**María Fernanda Torres Reyes** (León, 2006) estudia turismo y desarrollo sostenible en la ENES UNAM de León, Gto. Ha tomado talleres de teatro, danza y escritura creativa. Ha colaborado como cuentacuentos en ferias del libro e imparte talleres de fomento a la lectura y escritura. Es modelo y forma parte del grupo representativo de teatro de la ENES.

## Orilla

Ciudad de México, viernes 13 de septiembre de 2024

Estimada maestra:

Sé que usted sabe cuándo escribí esta carta, puede leerse arriba. Sin embargo no dejo de pensar que la fecha peca de precisión, debería ser más genérica, inexacta. El día podría ser cualquiera de esos siete que tenemos y que inicia con una letra consonante. La cifra, cualquier número entre el uno y el 30 o 31. El año, no importaría, pues bien sabe usted que las tragedias y festividades anuales en este país se parecen tanto entre sí, que no se alcanzan a distinguir nítidamente: parecen venir del mismo nebuloso punto de fuga de la historia. La locación, esa sí, no podría ser otra que ésta caótica e inconmensurablemente enfermiza Ciudad de México. Y digo que no podría ser otra, no por querer perpetuar el centralismo, no, sino porque no conozco más. Ahora bien, dentro del gigantesco puntito geográfico que es esta urbe, se encuentra, aún más chiquitito-chiquitito, otro punto: el de mi cama. Más precisamente, el borde. Estoy al borde de mi cama, sobre sábanas raídas con estampado de flores lilas que huelen a recién cortadas. Estoy al borde de la cortina color crema de la que parece que brota interminablemente la añoranza. Estoy al borde de pronunciar, las partes casi nunca dichas de su nombre, pero que andan existiendo por ahí, como si nada, en los documentos oficiales: el *Alicia* que sigue del *Rosario* y el *Figueroa* que continúa tras el *Castellanos*. Estoy al borde de la luz de la lámpara de noche en la que parece que nació la nostalgia y cuya claridad acaricia una

antología suya sobre mi regazo. Más concretamente: estoy al borde de la vigilia, frente a mi improvisado librero de huacales, tanteando con los ojos los títulos de sus libros, a la vez que intento escribirle, con este mi patético insomnio, a usted.

Por lo cual me detengo en los blancos lomos de sus libros y me recuerdo peregrinando sobre ellos, entre ese generoso abanico de posibilidades que usted abrió ante mis 16 años: absorbiendo, con hambrienta juventud, los nombres, conceptos, ideas, que nos legó. También me recuerdo saltando o acurrucada entre sus páginas, e incluso me he hallado, con pasmado asombro, sentada en mi imaginario pupitre (que no tiene ni patas, ni respaldo, ni nada, ni existe, porque su obra enseña de todo, excepto rigidez) y ahí estaba usted frente a mí, maestra, con su irónica y rebelde sabiduría, alumbrando los caminos con lucidez y al mismo tiempo, esparciendo sobre la tierra fértil, signos de interrogación, cuestionamientos: sobre la condición de los pueblos indígenas, las mujeres (y esa doble condición que ahora llamamos *interseccional*), la maternidad, el lenguaje como instrumento de dominio, la violencia... Y me pregunto cómo pudo adelantarse tantísimo a su época, ¿vislumbraba usted la trascendencia de su pensamiento? porque en muchos sentidos, pareciera que tocamos esa misma llaga purulenta denominada *realidad*: con toda su crudeza, sin importar esa larga distancia de kilómetros, esa espesa distancia entre décadas. Este humillante cuento tricolor de nunca acabar: porque en México, *la oscuridad engendra la violencia*, y la oscuridad convive bastante bien con la *folklórica* fiesta del olvido. Sin embargo, la suya fue una lucha constante por recordar, *ésa era su manera*

*de ayudar a que amaneciera* en este país, de impedir que fueran tragados por el infinito espesor del olvido, los reclamos y luchas de quienes perecieron... En fin, supongo que son cuestiones en las que usted ya ha reparado mucho. Por favor, discúlpeme por los modos de esta carta, espero no los encuentre tan desfachatados, es sólo que ya no está y no sé muy bien cómo escribirle.

¿Nunca llegó usted a sentir inquietud por pensar en el *hubiera*, en esa nostalgia que contiene? Sé que es melodramático, inútil, pero ahora mismo siento eso: nostalgia por una excepcional mujer con la que no conversé, de unas clases a las que no asistí, de una facultad de décadas en las que no estudié, de una Ciudad de México con una efervescente producción intelectual y también de un recalcitrante machismo, en el que por fortuna inmensa, no viví... Sí, la nostalgia es muy inútil, pero ya casi amanece, y el cansancio me hace desvariar, preguntándome cosas, como la forma en que usted habría denunciado las atrocidades de los gobiernos en turno; qué habría escrito en apoyo de los migrantes centroamericanos, usted que siempre procuró defender a los desposeídos; sobre las contribuciones que habría hecho a los feminismos actuales; me habría gustado preguntarle cómo se afrontan esas contradicciones del día a día, y me habría encantado pedirle consejo sobre cómo puede una mujer sensible acabar con el entumecimiento que le generan las desgracias que parece que nunca van a cesar en este país, cómo puede una lidiar con toda esta impotencia (porque a veces me parece que yo no puedo). Me he imaginado tantas veces alzando la mano en su clase para preguntarle esas y otras cosas,

me he vislumbrado teniendo que sentarme en el piso del aula, porque sus clases son de esas que se abarrotan de alumnas y alumnos, tanto que nunca hay pupitres vacíos... Y en esas vagas e infantiles elucubraciones también me he preguntado si usted me habría dejado tutearla como a una amiga, y en mis vagas e infantiles respuestas me digo a mí misma que nunca me habría atrevido siquiera a preguntar. Pero así nos dejó, imaginando, como buscándola por los pasillos de la facultad, sacando probabilidades para ver en cuántas ocasiones, en qué específicos mosaicos se habrían posado nuestros pies, en qué salones habríamos respirado el aire, que en esas viejas aulas blancas, parece siempre el mismo: el de la joven curiosidad suspirando preguntas, buscando desesperadamente respuestas, cuestionando. Así nos dejó. Con lágrimas de cocodrilo en nuestros ojos: porque nos entraron letras suyas, versos suyos, motivos de lucha suyos (y nuestros). A moco tendido y silencioso lloramos. Y no, no hablo sólo por mí, ni por mi generación, que recurre a usted en este tiempo presente. Escribo esto desde el borde del tiempo, que puede ser cualquier día de esa masa amorfa a la que llamamos *calendario*. En el que cualquier día una profesora de literatura menciona su nombre con un orgullo extraño en la voz, porque siente como si usted hubiera sido su amiga, porque entre páginas fue su amiga: una de esas amigas que, aunque ya no están, no desamparan, que le enseñan a una a conquistar los horizontes de lo históricamente vedado... Ahora no puedo dejar de pensar en las mujeres del pasado, esas que no corrieron con la misma suerte en ese entonces... Y esas que no corren con la misma suerte hoy. No puedo no

detenerme a morar en los ojos de tristeza caída de mi abuela, y en la inmensa fortaleza que ha ido construyendo con los años mi mamá. Usted ha sido una de esas amigas que contagian lucidez, los más incisivos cuestionamientos y unas ganas de crear lo *propio* en estas sociedades construidas por grandes y violentos *Otros*. Por eso pienso que usted fue, principalmente, una gran creadora. Y en esta carta no he profundizado mucho en su trabajo lírico, pero me parece de una fuerza... Tan personal, tan sensible y total. Usted creó una materia poética en la que una desea hundirse, pese al dolor y la soledad que genera: porque nos devela el desmoronamiento de sí, porque implicaba dejar partes de sí en cada poema, *muriendo poro a poro*, como si cada poro fuera un abismo. Usted que se desangró en cada verso y nos mostró sus heridas. Y nosotras que las abrimos cada vez que desplegamos y acariciamos sus páginas, alumbradas por ese contorneado borde de la lámpara de noche, con su íntima luz, con su ámbar: esa sustancia de la cual parece haber nacido la nostalgia. La nostalgia de vivirse en algo que ya no existe más, que roza ese susurro impreciso, ese eco de los años... Estoy al borde de quedarme acurrucada un ratito más entre las letras "a" de un poema suyo. Estoy al borde de querer volver la prosa verso y el verso, prosa, con ganas de detenerme en los *puntos* finales de sus textos, que en realidad nunca son finales porque devienen *puntos* de fuga por los cuales sale, como inagotable, la sucesiva imaginación. Y así, con su antología sobre mi regazo, me pregunto cómo logra usted que de tan secas páginas, surja esta brisa, este viento, esta húmeda tierra a la que un día todas seremos devueltas.

Estos caracoles como recién paridos por la tierra, estos sauces de holgada belleza que son abrazados por las risas de estas niñas, que andan jugando descalzas. Y me pregunto si ellas sabrán que andan entre los mismos árboles de frondosa vida, en los que también anduvo usted.

A usted, querida maestra,  
*destino de sauce solitario, extasiado a la orilla...*  
 le envío entonces, desde mi borde  
 hasta su orilla metafísica  
 esta carta dentro de una botella  
 que va flotando en el abismático mar  
 a la deriva  
 esperando poder traspasar las tibias aguas del delirio,  
 hasta su tiempo.

*Verónica Mejía*

**Verónica Mejía** (CDMX, 2000) es artista visual y escritora, estudiante de la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda” y de estudios latinoamericanos de la FFyL de la UNAM. Expuso en *Tertulia Material* (2024), y ganó el primer lugar en dibujo de la revista *Punto de Partida* (UNAM). Recita sus poemas en diversos eventos. Asiste al curso *Cómo se forma un verso* (FCE).

**Gracias Rosario,  
tu legado vive en cada palabra**

Ciudad de México, a 17 de septiembre de 2010

Querida Rosario:

Después de mucho tiempo de intentarlo, hoy me atrevo a escribirte esta carta, a pesar del tiempo y el espacio que nos separan. Debo confesar que el impulso de dirigirme a ti ha sido muy fuerte, un acto de fe en el que busco alcanzar tus pensamientos y compartir contigo la irradiación de tu legado en mi vida y en la de muchas mujeres que, como yo, han recorrido un camino más abierto gracias a tus palabras.

Esta conexión que siento no es simple casualidad; soy nieta de Rufina, tu nana, esa mujer irreplicable que, con su amor y sabiduría, te tomó de la mano en la niñez, influyendo en tus días y enseñándote a contemplar el mundo desde la humildad y el respeto por la tierra, los secretos del cielo y de la gente. Ese conocimiento es hoy un legado que tengo la fortuna de heredar.

Desde que tengo memoria he escuchado historias sobre ti. Mi familia cuenta sobre tu infancia en Comitán, donde aprendiste esas valiosas lecciones bajo el cuidado de mi abuela y cómo los injustos contrastes de tu privilegiada posición cambiaron por completo tu perspectiva, permitiéndote contemplar la belleza del mundo indígena. En cada una de esas historias, tu voz resuena y se hace presente; toda una vida de sacrificios se entrelaza con nuestra identidad y con la vida de muchas mujeres indígenas, posicionándolas como pilares de nuestras luchas diarias.

Recuerdo que, cuando estaba por entrar a la preparatoria, llegó un momento en el que me sentí perdida entre la escuela, la presión social, los estereotipos y el deber ser que intentaban moldear mi camino. Sin embargo, en una visita a una librería que hoy lleva tu nombre, encontré refugio en tus obras. Cuando me encontraba en el clímax de mi búsqueda personal, cayó entre mis manos *Balún Canán*. Al llegar a casa, mis ávidos ojos leyeron tu novela de principio a fin. Me sentí frente a un espejo porque entendí que la voz de mi abuela no sólo resonaba en tu historia, sino que también se reflejaba en la de miles de mujeres que luchan por ser escuchadas.

Al avanzar, en cada párrafo contemplé las injusticias que aún enfrentan las mujeres en nuestra sociedad, donde el privilegio y la opresión coexisten. Tu reflexión se convirtió en una voz para todos aquellos que no la tenían, que habían sido invisibilizados y relegados a un segundo plano. La manera en que lograste retratar a las nanas, esas mujeres tan arraigadas en nuestra cultura latinoamericana, es simplemente magistral. Es un claro testimonio de tu profunda sensibilidad como escritora, dando reconocimiento a aquellas que sostienen la estructura cultural y familiar de nuestra sociedad. A través de tus obras podemos escuchar sus voces, sus historias son finalmente contadas; ya no son “las otras” dentro de la narrativa del privilegio, se han convertido en protagonistas que nos enseñan sobre fortaleza, resistencia y valentía.

Nos has enseñado a cuestionar nuestra posición, a reconocer las injusticias que aún persisten, pero que nos inspiran a soñar con un mundo donde, independientemente de su

origen, las mujeres tengan derecho a ser respetadas. Al leerlo comprendí que no se trata de rechazar quiénes somos, sino de tomar conciencia de que todas nuestras acciones influyen en la vida de los demás. Me doy cuenta de que no estoy simplemente rastreando mis raíces, sino conectando con miles de historias que, sin tu pluma, podrían haber quedado en el vacío. Eres un faro que ilumina no sólo el pasado de México, sino el presente y futuro de nuestras vidas, reflejando con sensibilidad las complejidades de la infancia, el amor y la culpa a través del rescate de los tiempos ancestrales de nuestra cultura, lanzada a las sombras del hogar de los “ladinos”. En esta sanación eres un componente fundamental. Nos has enseñado que el conocimiento debe compartirse y usarse para el bien común, para transformar las realidades que todavía nos afectan como mujeres en una sociedad patriarcal y desigual.

Como notarás, tu obra ha llegado a los corazones de mujeres que, como yo, anhelamos ser agentes de cambio. En nuestras aulas universitarias, en cada una de nuestras conversaciones, discutimos tus libros, nos embelesamos con tu capacidad para crear empatía y establecer diálogos tan complejos sobre temas como la identidad, el racismo y el papel de la mujer. En cada vuelta de página, nos encontramos ante la invitación de seguir cuestionando y afirmar que la lucha no sólo está en la conquista de derechos, sino también en el reconocimiento y la dignificación de nuestras raíces.

Somos conscientes de que aún tenemos mucho por hacer, pero ten por seguro que las voces de los pueblos indígenas ya no serán silenciadas; sus historias siempre serán recordadas

y reconocidas. Es nuestra responsabilidad como universitarios y universitarias de estas nuevas generaciones.

Gracias, Rosario, por ser guía y ejemplo de valentía e integridad, por abrirnos los ojos a la realidad de nuestra historia. Gracias por reafirmarnos que la literatura no es más que un acto de resistencia y el camino correcto hacia la justicia. Es un recordatorio constante de que la escritura es un acto de amor, protesta y rebeldía. Tu legado vive en cada palabra, en cada oración, en cada mente que se atreve a soñar y a luchar por un mundo más justo. Estoy decidida a honrar tu memoria y la de mi abuela hasta el último día de mi vida, a través de mi propia lucha y aprendizaje.

Al recordarte hoy, no sólo rindo homenaje a tu genio literario, sino a tu valor para enfrentarte a las adversidades. Así como un día mi abuela Rufina se arrodilló con mucha fe y devoción en el oratorio y pidió por ti, yo te pido esa fortaleza que necesito para seguir adelante, para un día conseguir la equidad y la justicia tan anheladas, que esos lazos que forjaron mi abuela y tú vivan a través de cada una de mis acciones.

Con profundo respeto y admiración,

*Juan Carlos Velázquez Sánchez*

**Juan Carlos Velázquez Sánchez** (Estado de México, 2005) es egresado del CCH Azcapotzalco y estudia la carrera de comunicación en la FES Acatlán. El gusto por la escritura, la música y el arte es su principal motor creativo.

## Rosario y yo

Rosario, Chayo, Chayito:

Perdóname que te llame de tantas maneras al iniciar esta carta, no sabía si ser formal o confianzuda, así que para no equivocarme inicié siendo ambas. Comprenderás que no es fácil decirte algo, aunque llevo ya siete años escuchando lo que dices, no pienso que sea sencillo cargar mis palabras con valor suficiente (y hablo en ambos sentidos: valentía y mérito) para que las recibas. Pensarás tal vez que siete años son demasiados para seguir recurriendo a la vergüenza como excusa para mi falta de ingenio, pero espero comprendas que dicha pena me invade también por las situaciones en que iniciamos nuestra interacción:

Yo era muy joven y muy torpe en esas cosas del amor, también en aquellas de la poesía (hoy lo sigo siendo para las dos, pero ya no soy tan joven como entonces y eso me genera todavía más bochorno). Conocí al hombre que pensé sería mi amado eternamente: era un tipo listo, interesante, ingenioso, elocuente y encantador, tal vez mucho menos que Ricardo, pero lo necesitaba igual que tú a él e incluso lo incité (al igual que tú) a sentirse libre y a moverse sin temor a herirme;<sup>1</sup> no lo creí capaz, así como seguramente tú tampoco. Me sentía tan desbordada por todo lo que me provocaba que no pude hacer más que ponerme en sus manos, así, sin cuestionamientos. Sé que aparentemente eso no tiene que ver contigo, pero yo corrí hacia tus brazos la primera vez

<sup>1</sup> Rosario Castellanos, *Cartas a Ricardo*.

que él me dejó; comencé a repetir en mi recámara todos los días y en voz alta (como si eso pudiera hacer que el recuerdo se esfumara en el sonido):

Me vio como se mira al través de un cristal  
o del aire  
o de nada.  
Y entonces supe: yo no estaba allí  
ni en ninguna otra parte  
ni había estado nunca ni estaría.

Y fui como el que muere en la epidemia,  
sin identificar, y es arrojado  
a la fosa común.<sup>2</sup>

Aunque sabía poco de poesía porque yo apenas tenía quince años, me sentía muerta y arrojada por él en la fosa común, también descubrí que me sentía pesada por haber sido a su lado piedra<sup>3</sup> y que seguía siendo (aún después de la ruptura) la misma nube de relámpagos que corrió hacia sus brazos un día.<sup>4</sup> En cada texto me dabas nuevas formas para que mi corazón roto reposara, para que no se aburriera de ser siempre lo mismo; desde ese momento supe que tus escritos podrían ayudarme a darle voz a mis sentires, así que comencé a buscar más hasta encontrarme al encontrar tus letras, pero de eso ya te iré contando.

<sup>2</sup> Rosario Castellanos, "Desamor".

<sup>3</sup> Rosario Castellanos, "Elejía".

<sup>4</sup> *Ibidem*.

Poco después por necesidades propias y del destino él y yo volvimos, tal vez por lo que decías: *porque éramos amigos y a ratos, nos amábamos*, también por ello tardamos mucho llanto y dolor en *dar el zarpazo último que aniquiló de modo inapelable y, para siempre, al otro*<sup>5</sup> ¡pero lo logramos! Entonces yo te seguí conociendo, ya sin tanta pesadez en mi vida y sin tanto llanto en mi corazón, leí algunos versos más hasta que la vida siguió su curso y yo dejé de frecuentarte porque ante las ocupaciones cotidianas y un camino vacío de romances la poesía se vuelve un poco tosca para mirarla de frente, mucho más para intentar abrazarla.

Para el último año de preparatoria volvimos a vernos gracias a una compañera de mi clase de literatura, ella exigió que viéramos a alguna escritora mexicana en medio de un programa que en su contenido enlistaba únicamente a varones (algo muy usual todavía) y el profesor le dijo que si llevaba a alguna podíamos leerla rápidamente. Al otro día ella llegó con poemas, cuentos y la propuesta de una de tus novelas (*Balún Canán*), el maestro dijo que no daba tiempo de leer una obra tan larga, pero que podíamos darle espacio a tus cuentos, recuerdo que leímos “Aceite guapo” y “Amistades efímeras” de tu libro *La muerte del tigre*, me parecieron fenomenales. Siempre he tenido la costumbre (tú me dirás si la compartes conmigo) de que los cuentos me atrapan por sus diálogos y por pequeños apartados que se guardan en mi mente como frases sueltas, pareciera que la fuerza y dirección con la que les recibo los tatúa en mi memoria, tanto

<sup>5</sup> Rosario Castellanos, “Ajedrez”.

así que después de todos estos años aún conservo una frase que encontré en una de tus historias: *la caridad empieza por uno mismo*.<sup>6</sup> Trato de practicarla siempre.

El contacto ese día fue breve, pero suficiente para extrañarte los días posteriores, después de ello me encontré con la película que hicieron en tu honor<sup>7</sup> y mi admiración por ti no supo hacer más que crecer. Sé que parecería que después de la vergüenza he pasado a la adulación desbordada como aquellos que no saben escribir, pero quiero que sepas que soy mujer dentro del sistema y mi admiración por las mujeres que destacan aún en contra del pronóstico evidente se extiende desde mi madre hasta todas las desconocidas que tienen el valor de ver directo a los ojos a un sistema patriarcal. Tú lo viste desde los años cincuenta, con temor a equivocarme (porque a veces cuando la fuerza no me alcanza agacho la cabeza) quiero que sepas que trabajo cuanto puedo para que sientan mi mirada también.

Lucho desde mi trinchera aunque pudiera parecer pequeña, hoy doy asesorías a gente de todas las edades, mis estudiantes son en su mayoría mujeres y escucho todo tipo de desacreditaciones que han recibido, desde mis estudiantes niñas cuando me dicen: “es que mi hermano es más listo que yo”, hasta las de mis estudiantes más adultas como: “soy muy vieja para aprender nuevas cosas”. Me esfuerzo por derribar esas ideas y construir otras donde su inteligencia haga equipo con la infinitud de su capacidad, les repito que

<sup>6</sup> Rosario Castellanos, “Amistades efímeras”.

<sup>7</sup> Rosario Castellanos, “Los adioses”.

el error nunca ha sido enemigo natural del aprendizaje y que aquel que lo diga es porque envidia que alguien aprenda más que él. Las incito a equivocarse como la forma más viable de descubrirse, de enseñarse, de mejorar, de retarse y de crecer, no porque yo sea fiel fan de los desaciertos sino porque es la única forma eficaz que yo he descubierto para afrontar y recibir el mundo: sin miedo. Desde que leí tu ensayo me siento con el compromiso de formar conciencia, despertar el espíritu, difundirlo, contagiarlo y no aceptar ningún dogma sino hasta ver si es capaz de resistir un buen chiste,<sup>8</sup> empezando en mí, siguiendo con mis estudiantes y esperando que ellas lo sigan con quienes convivan.

Siempre he sido una mujer que se mueve en soledades, me gusta pensar que de mí germinará la semilla que signifique revolución. No voy a mentirte: la semilla se ha muerto muchas veces en mis manos, pero todo aquél que me conoce sabe que no acepto la derrota como fruto. Soy como tú dijiste: *hija de mí misma. De mi sueño nací. Mi sueño me sostiene* y aunque en mi genealogía también sólo está la palabra soledad<sup>9</sup> espero que si un día por fin obtengo de mí una flor, pueda dársela al mundo como si todos fuesen mi familia.

Antes de despedirme no puedo decir más que gracias: gracias por ser una mujer que sola o enamorada, con hijos y sin ellos, desde la academia y fuera de ella; nunca dejó de escribir. Me regalaste la certeza de que podré hacerlo yo también desde cada una de mis facetas y me obsequiaste el sueño de

<sup>8</sup> Rosario Castellanos, "La participación de la mujer mexicana en la educación formal".

<sup>9</sup> Rosario Castellanos, "Muro de lamentaciones".

que, en un mundo que todavía a veces se rehúsa a escucharnos, podré ser leída, y con suerte, inspiradora como hoy lo eres tú para mí.

Con respeto y cariño:

*Arlette Tais Villalobos Meléndez*

**Arlette Tais Villalobos Meléndez** (México, 2002) estudia lengua y literaturas hispánicas en la FFyL de la UNAM. Realiza su servicio social en el programa de fomento a la lectura con niños de primaria. Asistió a un curso de literatura de los siglos de oro en Alcalá de Henares, España, y prepara un curso de escritoras del siglo XIX en la Biblioteca Vasconcelos en la Ciudad de México.

## Espejismos

México, 2024

Ay, Rosario,

Espero que esto funcione, porque no hallo otro modo de poder comunicarme contigo, o por lo menos no se me ocurrió otro. Incluso pensé en llamar a una médium, pero son altas horas de la noche y, además, mi economía de estudiante-hambre clase media no se puede dar esos lujos. No me juzgues tanto, de todo lo que hablamos sé que parece que tengo la economía jodida, pero sí puedo costearme papel, sólo se me hizo mejor escribirte desde el espejo. Siento que es el portal más adecuado, por eso de que ya no estás entre nosotros y también porque fue a través de él que todo pasó.

Ni siquiera me dio tiempo de contarte, de contarles, cómo es que llegué ahí en primer lugar. Es que todo fue tan rápido. Por un momento pensé que me había vuelto loca, creí que sólo había sido un sueño. Un sueño muy raro, si me lo preguntas. Pero entonces la vi, la prueba irrefutable de que coincidimos. Y deja tú eso, ¡de que en realidad hablamos!

Te cuento. Todo comenzó hace unas horas, tarde esta noche. Tenía que leer tu texto *El eterno femenino* para una tarea. Ya que estuvimos en confianza, no te voy a mentir, al principio no estaba muy emocionada porque ya era tarde, tenía mucho sueño, y sinceramente, la lectura no era de mi elección. Sólo un masoquista (o una irresponsable) ve como buena idea aventarse poco más de 200 hojas de una sentada, pero ahora te digo: nunca antes había tenido el placer de estar en cercanía con tu obra y, milagrosamente, la historia me atrapó



El texto había evolucionado a voces reales que declamaban. Vacilé un poco, pero logré identificar que el sonido venía desde el espejo de cuerpo completo que tengo frente a mi escritorio. Se sentía una atmósfera extraña, pero me levanté, caminé hasta este espejo, y ahí estabas tú, junto a todas las demás: la Corregidora, la Malinche, Adelita, Carlota, Rosario de la Peña y la misma Sor Juana, que miraba expectante a su alter de 15 años declamando su propio acto. Ahí estaban todas ustedes. No me di cuenta en qué momento ni cómo fue que la inercia de mi contemplación me hizo traspasar el espejo; de alguna manera, entré.

Entonces pasó lo que ya conoces: estuvimos ahí, hablando de la vida, la mujer y el amor, tema tan vasto y misterioso. Ni siquiera recuerdo cómo comenzó la conversación, pero era como si todas compartiéramos un vínculo común a pesar de nuestras épocas, historias y dolores. Fue una tertulia fuera del tiempo, en la que cada una de ustedes revelaba algo que parecía una pieza del rompecabezas que siempre he querido resolver.

Cuando fue mi turno de abonar a la conversación después de las aportaciones de todas, no me extrañó sorprenderlas con mi perspectiva desde la modernidad. A fin de cuentas, antes de mí, tú eras la más actual, y desde tu fallecimiento han pasado ya 50 años. Me gustó ser percibida como “libre” desde sus ojos, ver las miradas de cada una al escuchar cómo puedo estudiar, y no sólo eso, también puedo elegir entre varias carreras, tengo derecho a votar, y a votar por una mujer presidenta. Las decisiones reproductivas dependen de mí, y me puedo vestir como se me da la gana. Y

aún así, aunque mis preocupaciones parecen distintas, no están alejadas de la raíz patriarcal que nos atraviesa a todas. Me gustó que me vieran esperanzadas, pero me preguntaron qué voy a hacer con toda esta libertad que tengo, y me quedé fría porque, Rosario, no sé. Siento que no la estoy aprovechando. Me preocupa no poder ser independiente, aún dependo de mi padre. Me preocupa que mis ideas, que mi ser, no sea lo suficientemente “digno” de ser explotado por el capitalismo. Me preocupa la opinión de los demás sobre mi cuerpo, mis capacidades, mi sexualidad. Me preocupa morir sola.

Les conté cómo en estos tiempos, en estos círculos en los que me muevo, la soltería a mis 21 años no se siente fuera de lugar. Nadie parece estar pendiente de si me caso o no, si tengo hijos o no, nadie excepto yo. No me malinterpretes; agradezco que la presión que siento por estar soltera está impulsada desde mi miedo al rechazo y a ser juzgada por una imposición para que sea la esposa de un hombre, y no de una mujer.

Me da miedo estar sola, pero también me aterra tener pareja y que me juzguen, o en un país como este, que me maten. Y es que todo está guardado para las parejas heterosexuales; a donde volteo, mi idea del amor está atravesada por roles de género. Me pregunté si, al encontrar a una mujer a quien amar, quién sería el “hombre” de la relación. Cuando bailáramos, ¿quién sería la que marca las vueltas y quién la que las da?

Me sentí estancada de nuevo, como si al fin pudiera confrontar todo eso que pienso, veo y siento día a día pero de-

cido ignorar. Te lo dije: me siento perdida. Entonces volviste a tomar la palabra.

Me preguntaste qué voy a hacer con toda esta libertad. Todas me miraban expectantes. Empecé a esbozar las primeras palabras, pero sinceramente estaba improvisando, no tenía respuesta alguna en ese momento. Para mi fortuna o mala suerte, el espacio se fue a negro, como al final de una intervención teatral, y desperté, o reaccioné –todavía no lo sé–. Estaba de vuelta sentada en mi escritorio, y la página del libro había llegado al final del segundo acto. Al principio pensé lo obvio: me dormí leyendo. Pero mi dedo marcaba la última línea que estaba yo diciendo momentos antes de tan abrupto corte: “Pues cuando me comparo con ustedes, con cualquiera de ustedes, pienso que tuve mucha suerte y que me saqué la lotería y que...”

No me dio tiempo de responderles, Rosario, pero ahora te digo qué voy a hacer con toda esta libertad.

[...] “cuando me comparo con ustedes, con cualquiera de ustedes, pienso que tuve mucha suerte y que me saqué la lotería y que...”<sup>2</sup> Sí, ha habido un progreso, se han hecho avances, y las mujeres estamos cada vez más inmersas en equidad e igualdad de oportunidades, pero, como mencionaste en el último acto: “No basta adaptarnos a una sociedad que cambia en la superficie y permanece idéntica en la raíz. No basta imitar los modelos que se nos proponen y que son la respuesta a otras circunstancias que las nuestras. No basta siquiera descubrir lo que somos. Hay que inven-

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 137.

tarnos”.<sup>3</sup> Entonces eso planeo hacer con esta mucha o poca libertad que tengo, Rosario. Es un inicio bastante ambiguo, pero inicio a fin de cuentas, que no hubiera logrado ni encontrado de no ser por ti y por mis ganas de querer comunicarte esta respuesta.

En mi afán por volver a ese limbo donde coincidimos, intenté todo para regresar: terminé el libro, me volví a dormir, me estrellé en varias posiciones frente al espejo, pero nada. Por eso te escribo desde él, con la esperanza de que puedas leerme a través de este portal y sepas lo agradecida que estoy de haber sido atravesada por ti. Ten por seguro que seguiré cuestionando lo que parece inmutable.

Espero seguir encontrándote y encontrándome en tus líneas. Nuestra conversación está lejos de haber terminado. Quedó mucho por decir, otro tanto por preguntar, pero confío en que escucharás mis cuestionamientos desde ese espacio tan onírico donde descansan las mujeres que han pasado a la historia.

Con gran aprecio,

*Katia Villegas Ramírez*

**Katia Villegas Ramírez** (CDMX, 2003) estudia producción audiovisual en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha explorado en la producción audiovisual en diversos formatos.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 194.

## De Teresa y María a Rosario

30 de agosto de 2024

Querida Rosario:

Estoy muy feliz de poder escribirte, lo que pasa es que he estado leyendo algunas de tus obras, tu poesía, ensayos feministas y demás y apenas leí *Lección de cocina* en donde reflexionas mientras preparas de comer para ti y tu esposo. De hecho, me llamó mucho la atención la parte en donde irónicamente pides consejo a la ama de casa; “¿Qué me aconseja usted para la comida de hoy, experimentada ama de casa, inspiración de las madres ausentes y presentes, voz de la tradición, secreto a voces de los supermercados?” Siento que lo escribes desde tu postura poco usual en la que, en comparación con las mujeres de tu época, tú contaste con esta oportunidad de estar extraviada en aulas, cafés y oficinas, y no en cocinas sucias y mercados, y es por esto Rosario que me encantaría presentarte a dos mujeres muy importantes para mí porque en cuanto leí esta obra tuya casi que automáticamente pensé en ellas, ya que forman parte de mi familia e historia y han definido parte de mi identidad como mujer, entonces siento que tal vez te podría interesar leer acerca de estas dos personas cuyas historias te quiero contar. Verás ambas son mis abuelas una se llama Teresa y es madre de mi padre y la otra de nombre María Eugenia es madre de mi madre. Ambas son tan pero tan diferentes, interesantes y fascinantes que me encantaría que las conocieras, tú que eres una mujer de mente gigante y llena de medallas.

Empezando por mi abuela paterna, Teresa nació en Guerrero y a los 12 años vino a la Ciudad de México a trabajar y, si con suerte corría, a casarse. De su historia no sé mucho pues detesta hablar de su pasado y de viejos amores, siempre que le pregunto si se volvería a casar dice “Para mantener y ser criada de un cabrón, mejor me quedo sola”. Lleva casi 40 años trabajando en un puesto de comida callejero, sirviendo tacos de guisado sabor a hogar, chismes y risas a trabajadores de las fábricas cercanas, a los policías que cuidan del barrio, a vecinos y gente que sólo está ahí de paso. Una mujer “económicamente independiente”, madre de cuatro hijos que ya son padres y ya pasan de los 40, escribo independiente entre comillas porque pareciera estar atrapada en ese puesto verde de lámina ya tan arraigado a su vida y persona, incluso más que sus zapatos. La cocina es una parte muy importante y definitoria de su vida, prácticamente gracias a sus guisados ha construido todo lo que tiene ella, sus hijos y hasta sus nietos.

Al igual que ella, mi abuela María Eugenia sabe cocinar, pero para ser sincera siento que nunca le ha gustado a pesar de tener buena sazón y hacer un arroz delicioso. A diferencia de Teresa, ella nunca trabajó, bueno ahora que lo recuerdo sí, una vez, fue jefa del personal de intendencia de una empresa, tenía gente a su cargo, respeto, admiración y autoridad, la mejor etapa de su vida según sus propias palabras, pero pues como tú ya sabrás se vio forzada a renunciar y regresar a cuidar de sus hijas y hogar. De sus hijas no se hizo tanto cargo como a ella le hubiera gustado, pues desde que tiene memoria ha, como quien dice, maternado a sus cuatro

hermanos y a los 17 años empezó a tener a sus propias hijas, por lo tanto, mi mamá y yo creemos que la maternidad ya la agarró cansada. Mi abuela ha permanecido dentro de la privacidad de su casa y el desastre de una cocina casi toda su vida, ella me enseñó lo que sabía sobre hacer de comer cuando yo con apenas siete años le preguntaba curiosa.

Te confieso que a veces pienso en la vida que habrían tenido estas mujeres e inclusive mi mamá de no haberse casado y embarazado. ¿Te imaginas?, si tan sólo hubieran llegado a la universidad o al trabajo de sus sueños, no digo que sean infelices ahora o que tengan una vida terrible, son muy amadas y como todas buscan su felicidad como pueden y en donde quieren, es sólo que... me habría encantado que hubieran tenido más opciones. Ya que me tomé el atrevimiento y valor de escribirte, Rosario, te pregunto: tú que debes seguir una lección de cocina para asar una carne en tu cocina impecable por el desuso, tú que sabes de esto, tú que has escrito ensayos feministas, tú que con ironía criticas a quien oprime a la mujer, dime ¿qué puedo hacer por dos mujeres atadas a una cocina sucia y usada?

No me mal entiendas, no creo que el cocinar y el ser ama de casa sea algo negativo, al contrario, estas dos mujeres de las que te hablo son el pilar de sus familias e inclusive de la mía, es sólo que me encantaría que conocieran mucho más de ellas mismas, que se vieran con mis propios ojos para que alcancen a ver lo interesantes y talentosas que son, no sólo en el guisar. Mi abuela Teresa no sabe leer ni escribir, pero sabe contar y hacer que las personas recuerden su hogar cada que comen de su comida. Mi abuela María me pide que le

revise la ortografía cuando tiene algo importante que escribir y conoce a su familia como la palma de su mano.

Quizá mis abuelas te puedan enseñar a guisar y tal vez tú podrías enseñarles sobre feminismo y que hay más vida fuera de una sucia y desgastada cocina. Yo sé que no responderás, me encantaría que lo hicieras, pero entre tantas hojas escritas debe ser difícil encontrar una carta como esta.

Con cariño,

*Carolina Vizcaya Palomares*

**Carolina Vizcaya Palomares** (CDMX, 2002) estudia pedagogía en la FFyL de la UNAM. Presentó una ponencia sobre la educación a distancia y la tecnología educativa en el Encuentro Nacional de Estudiantes de la Pedagogía y Ciencias de la Educación. Participó en un seminario zapatista sobre la violencia en México.

*Cartas a Rosario,*

editado por la Dirección General de Publicaciones  
y Fomento Editorial de la UNAM, se terminó  
de imprimir el 20 de marzo de 2025 en los talleres  
de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero  
núm. 2309, Colonia San Jerónimo Chicahualco,  
C. P. 52170, Metepec, Estado de México.

Para su composición se utilizó tipografía Berkeley en  
11/16. El tiro consta de 1000 ejemplares impresos en  
offset en papel bond ahuesado de 90 gramos y los forros  
en cartulina Sundance Smooth Natural White de 216 g.

*Directora editorial:* Socorro Venegas.

*Coordinación general:* Elsa Botello.

*Diseño y formación:* Rafael Herrera Reyes.

*Lectura:* Judith Díaz.

*Cuidado editorial:* Patricia Zama.



Un grupo de estudiantes universitarios abre la comunicación con Rosario Castellanos de manera epistolar, como un homenaje a la escritora y retroalimentación a la lectura de su libro *Cartas a Ricardo*, reeditado por la UNAM en 2024. El presente volumen reúne los textos de los tres ganadores y 20 finalistas del Premio de literatura epistolar “Cartas a Rosario”: Naela Jimena Mejía Terán, Mildred de Jesús Calvillo Chávez, Diana Talhia Jiménez Martínez, Elizabeth Cardoso Garduño, Nayla Elizabeth Cruz Domínguez, Ximena Dorantes Larrauri, Fernando Fady Estrada López, Javier Iván García Santana, Fernanda Abigail González López, María Valentina Hernández Cerón, Marey Alejandra Huerta Valencia, Jesica Martínez Torres, Anik Nagel, Ángel Alejandro Porras Ortega, Alexandra Joselyn Reyes Pacheco, Luan Daniel Toledo Ruiz, Gloria Andrea Topete del Ángel, María Fernanda Torres Reyes, Verónica Mejía, Juan Carlos Velázquez Sánchez, Arlette Tais Villalobos Meléndez, Katia Villegas Ramírez, Carolina Vizcaya Palomares.

Publicación gratuita. Prohibida su venta

ISBN: 978-607-587-238-4



9 786075 872384



Publicaciones  
& Fomento  
Editorial



LITERATURA UNAM



UNAM  
Nuestra gran  
Universidad



Facultad de  
Filosofía y Letras